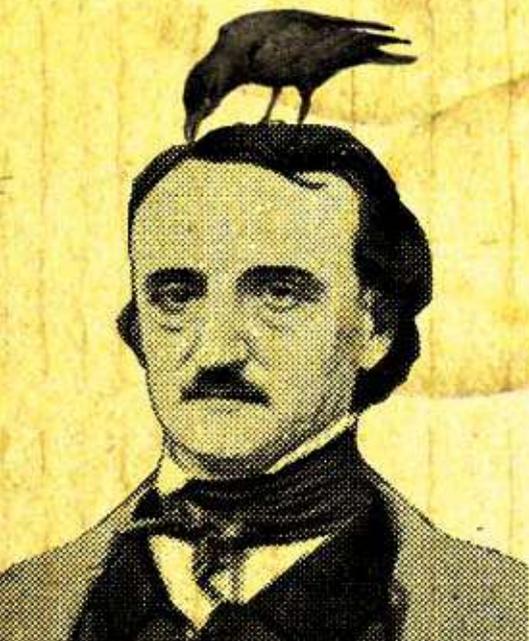


ISSN 2011-9763

\$5.000 pesos

PAPEL DE COLGADURA

VADEMÉCUM GRÁFICO Y CULTURAL



CAPSULES



iris



cœillet



pavot



Nº1

vademécum. (Del lat. *vade*, anda, ven, y *mecum*, conmigo.) m. Libro de poco volumen que puede uno llevar consigo para consultarlo con frecuencia, y que en pocas palabras contiene las nociones más necesarias de una ciencia o de un arte.



SOBRE PAPEL

Bienvenidos a papel de colgadura. Somos una revista de difusión y agitación cultural. De agitación porque nos gusta mover cosas y, sobre todo, que las cosas nos muevan. La revista nace de nuestra pasión por la música, los libros, las ilustraciones, el graffiti, los cómics, la web, la fiesta, el cine, la caféina, el jugo de lulo y las tardes de tertulia con empanadas y cerveza.

Nace en Cali, la ciudad que nos vio nacer o que nos vio crecer o que nos vio llegar, irnos y volver. Además queremos añadirle una s a Cali, porque Cali es múltiples Calis; razas, sonidos, colores, olores y sabores.

Circulamos en versión impresa y digital. La primera se publica dos veces al año mientras su versión digital se actualiza con mayor frecuencia. Ambas se nutren de contenidos seleccionados a partir de nuestras convocatorias, donde están todos invitados a participar.

En *papel de colgadura* escribimos:

- por el deseo,
- por el gozo,
- por la curiosidad,
- por el pensamiento,
- por la sátira, el sarcasmo y el humor
- por el pensamiento crítico

Nos parece que:

- vale escribir sobre Cali,
- valen los libros y el cine,
- valen el arte, el diseño, la música y el teatro,
- vale Internet, los blogs, y sus etcéteras,
- valen las recetas, las crónicas, las reseñas y las cartas,
- vale la narrativa y la poesía,
- vale inventarse cosas distintas.

Papel de colgadura es una publicación de la Universidad Icesi de Cali. Los artículos contenidos en la revista son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de las directivas de la revista o de la Universidad.

La reproducción total o parcial de la revista sólo es posible con previa autorización de los autores o de la revista.

Papel de colgadura vademécum gráfico y cultural

Universidad Icesi
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Rector: Francisco Piedrahíta Plata

Decano Facultad Derecho y Ciencias Sociales:
Lelio Fernández

Primera edición, febrero 2009

©Derechos Reservados

Dirigida por

Margarita Cuéllar Barona
Inge Helena Valencia Peña

Diseño e Ilustración

Juliana Jaramillo Buenaventura
Carlos Dussan Gómez

Comité Editorial

Gabriel Jaime Alzate
Jerónimo Botero
Daniel Cardozo
Jaime Cruz
Joaquín Llorca
Diana Mundó

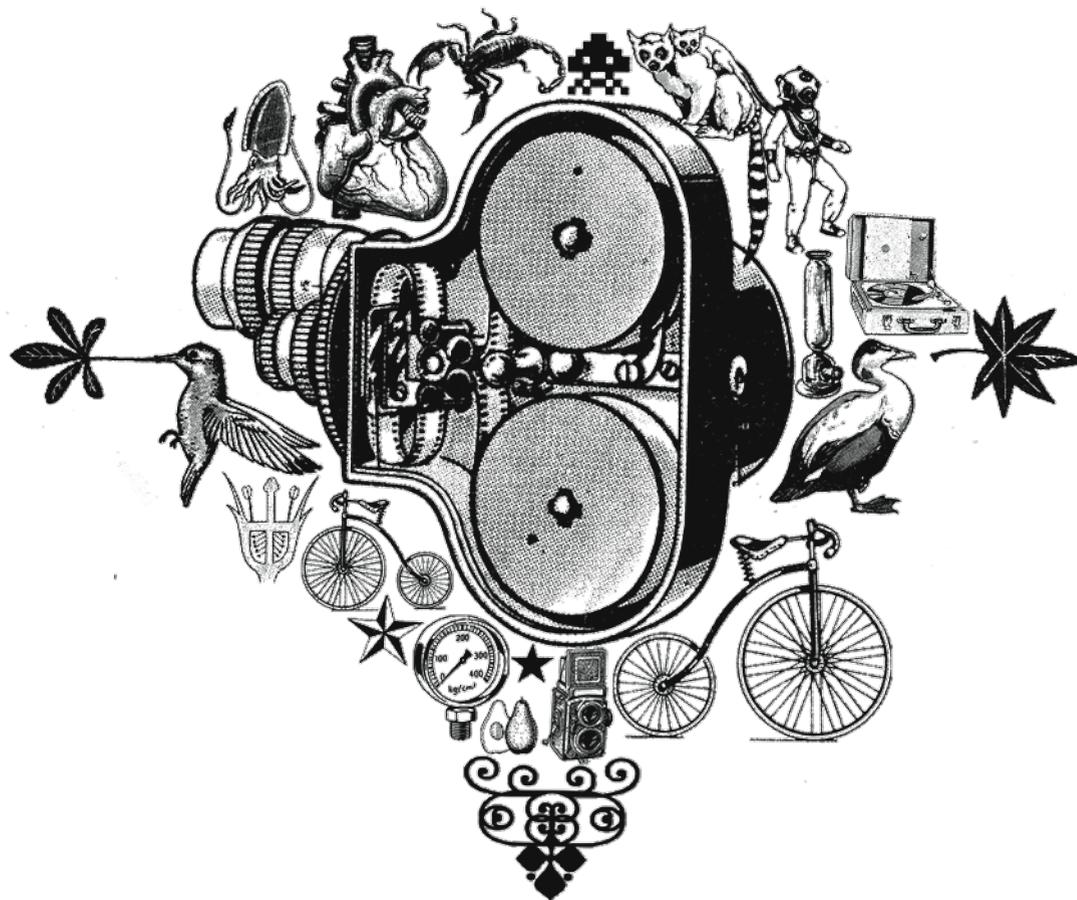
Juan Manuel Salamanca
Felipe Van der Huck

Impreso en Cali – Colombia
A.A. 25608 Unicentro
Tel. 555 23 34 Ext. 820
Fax: 555 17 06

E-mail:
papeldecogadura@icesi.edu.co

Cali, Colombia

ISSN 2011-9763



01 *Al oído /*

Carta abierta a Cine Colombia, Royal Films

y **Cine Mark** / Sara García // pag 4

Las cadenas y el correo spam / Manuela Quiñones // pag 4

02 *A veces llegan cartas /*

Putumayo 2020 / Carlos Duarte // pag 7

El último tren a Cheongnyngni / Andrés Felipe Solano // pag 11

03 *Entreactos /*

Receta / María Claudia Montaña // pag 29

Otra cita de amor / Chagas Mazza // pag 53

Ilustración / Jean Paul Egred // pag 63

04 *Rotativo Cali /*

El túnel azul / Erick Abdel Figueroa Pereira // pag 15

Fotografías de archivo · Germán Téllez

Circo Callejero / Santiago Feijoo // pag 23

Confesiones de un comedor de Curry / Joaquín Llorca // 25

Buses / Carlos Dussan // pag 31

Las aventuras inconclusas de los swinger / Paula Arias // pag 35

Califragilístico / Maria Elisa Duque // pag 43

05 *Recomendados /*

Música

The Gossip / Julián Céspedes // pag 46

Foto · Daniel Boud

Blogs

De blogs entre los blogs / Margarita Cuéllar Barona // pag 47

Libros

Cormac McCarthy / Gabriel Jaime Alzate // pag 48

Pelís

El discreto encanto

de Wes Anderson / Margarita Cuéllar Barona // pag 49

Ilustración de Wes Anderson · Marci Washington

Ilustración de Zissou · Jean Paul Egred

06 *Teatro de Variedades /*

El mundo según Casciarí / Hernán Casciarí // pag 59

Cruces del Caribe / Inge Helena Valencia // pag 65

Fotografías · David Rodríguez

A su manera / Juan David Correa // pag 69

La felicidad repulsiva de la familia M / Guillermo Martínez // pag 71

Porque están en españolete / Daniel Cardozo // pag 85

CARTAS & QUEJAS

¿Cartas, quejas, reclamos, confesiones?

Carta abierta a Cine Colombia, Royal Films y Cinemark.



7 Cada vez que leo un periódico que contiene la cartelera de cines de Bogotá me lleno de rabia e indignación. Ni qué decir cuando me entero de directores que sacan películas que nunca van a pisar territorio colombiano (o bueno, gracias a la piratería, la gente es quien no va a pisar las salas de cine locales). Me pregunto entonces: ¿Qué pasa con las carteleras de la Sultana? ¿Acaso Cali no es digna de buen cine? ¿Por qué soportamos que nos pongan las mismas películas por meses y meses mientras que, en Bogotá, la cartelera se mueve con más agilidad? ¿Por qué en otras ciudades se proyectan películas diferentes a la basura a la que nos someten en Cali?

Me gustaría además que alguien me explicara por qué Cine Colombia escoge proyectar las mismas películas en las cuatro diferentes salas que maneja en Cali. A mí esto me suena a tacañería, a no querer meterse la mano al bolsillo para adquirir derechos de distribución de películas de calidad y terminar tranzando con los grandes estudios norteamericanos para proyectar en nuestras salas de cine mucha (si no toda) de la basura que no califica para ser presentada en sus propias salas. ¡Ahora además les ha dado por traer sólo películas dobladas al español!!

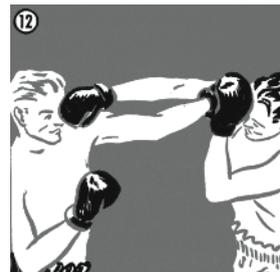
¿Qué pasa con las carteleras de la Sultana? ¿Acaso Cali no es digna de buen cine?

No es que Cinemark ni Royal Films (la gran esperanza que teníamos los caleños de una programación alterna) ofrezcan nada diferente. Los incompetentes de Royal Films, por ejemplo, optaron por presentar las mismas películas que proyecta Cine Colombia en sus cuatro salas. No veo cómo esto pueda ser una decisión de mercadeo inteligente, pero por lo visto, la inteligencia no es un requisito para trabajar como distribuidor y programador de cine en las compañías que manejan las carteleras de cine en Colombia.

Atentamente,
Sara García / Cali

Las cadenas y el correo spam.

Esta carta va dirigida a todas las personas que aún envían correos electrónicos en cadena. ¿Es que no han entendido que todas esas historias trágicas que nos cuentan en los tantos correos electrónicos que nos llegan a diario, y que nos piden que los re-enviemos a todos nuestros contactos, no son más que una estrategia de las empresas que se dedican al mercadeo de productos



12 través del email para apoderarse de nuestras direcciones privadas? Por favor, ¡no caigan en la trampa! No necesitamos más correos que nos inviten a visitar sitios porno, o que nos traten de convencer de los beneficios de la silicona o de los nuevos métodos para engrosar el pene.

Cien billones de correos spam son enviados a diario. La única manera de prevenir que esto se propague es manteniendo nuestras cuentas de correo privadas, ya que aún no se toman medidas para penalizar el envío de correo “no-solicitado”. A pesar de que los filtros nos salvan de una cantidad de correos, los que se siguen colando, además de invadir nuestra privacidad, pueden resultar dañinos para los computadores. Así que, si van a mandar correos en cadena, tengan al menos la cortesía de añadir las direcciones de sus amigos bajo el campo BCC (que significa “copia ciega”) y que impide a los piratas de la web robarse nuestros correos privados.

Gracias,
Manuela Quiñones
Jumanji

**Al oído
[01]**

ÉCHESE AL AGUA Y ESCRIBA:
WWW.PAPELDECOLGADURA.ORG



Escribanos a
www.papeldecolgadura.org
papeldecolgadura@icesi.edu.co
o envíenos su correo postal a:
PAPEL DE COLGADURA

Universidad Icesi
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Cll 18 No.122– 35
Cali – Colombia

* porque preferimos no hacernos a líos legales les pedimos que los textos sean inéditos o que no tengan compromisos editoriales con otras publicaciones.

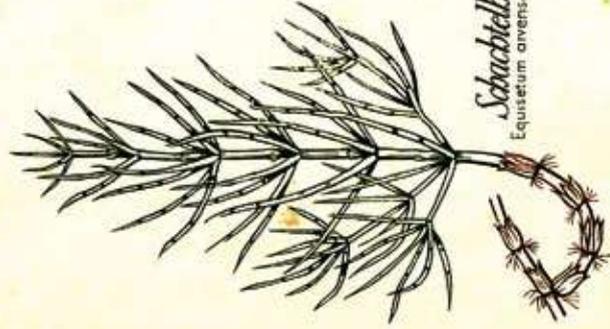
A veces llegan cartas

[02]

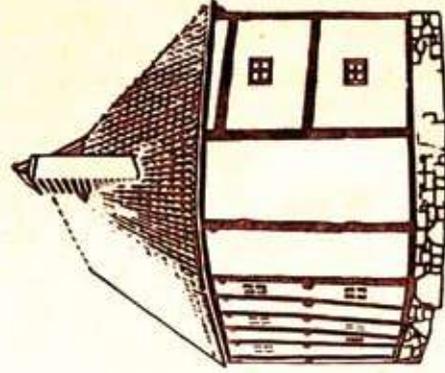


Adpostal

1486



Schachtelbalm
Equisetum arvense



A veces Allegan cartas



PUTUMAYO 2020

Diario de Campo por: Carlos Duarte



Bajo el frío verde y nebuloso de una mañana selvática fue llegando la gente de los diversos rincones del Putumayo. Tranquilamente, las delegaciones descendieron la calzada de la Avenida Colombia, situada a las afueras de Mocoa y se aprestaron a cumplir con el ritual de aquellos que hace tiempo no se ven. Entonces, al ritmo de abrazos somnolientos, se saludaron representantes de organizaciones juveniles, campesinas, indígenas, de mujeres y de desplazados.

Llegaban al Seminario Internacional “Putumayo 2020: Una Mirada del Sur hacia el Futuro”. No obstante, pese a la masiva participación, fue posible advertir que la mayor parte de asistentes al evento eran mujeres, niños y jóvenes. La ausencia de hombres entre 25 y 40 años, en casi todos los sectores, fue impactante.

Conviene recordar que estamos hablamos de uno de los departamentos claves en la implementación del Plan Colombia donde, en teoría, la erradicación de los cultivos ilícitos avanza sin mayores contratiempos. Para los putumayenses esta es la fase dos del Plan que pretende controlar dicho territorio luego de la pacificación, ahora, a través de la integración social.

¿Pero con qué población se piensa implementar dicho Plan?

En el espacio de trabajo juvenil fue posible encontrar algunas pistas para avanzar en la solución del anterior interrogante. Uno de los jóvenes participantes, señaló con tono recio: “La debilidad y la división de las organizaciones sociales de la región es fácil de comprender: a los líderes los mataron o los desplazaron”.

Sector por sector se escucharon las crónicas del Plan Colombia. Quizás las más sobrecogedoras, eran las historias de las mujeres quienes no pudieron abandonar el territorio, simplemente porque ellas y sus familias no tienen a dónde ir.

La ubicación de este territorio dentro de la arquitectura de los planes de integración andina y de las Américas, tal y como se desprende de los últimos análisis geopolíticos de la Defensoría del Pueblo, es fría y sencilla: el Putumayo, mas allá de un problema de orden público, es un área de desconocida importancia para la opinión pública nacional en cuanto a la magnitud de sus recursos energéticos (agua, biomasa, petróleo y minerales). Pero además, el Departamento es una especie de estrella geoestratégica, por los cuatro puntos cardinales.

Horizontalmente, el Putumayo hace parte del complejo entramado de conexiones que permitirían solventar la obsoleta estructura tecnopolítica que significa el canal de Panamá y evolucionar hacia la implementación de al menos tres canales secos, que unirían el Atlántico con el Pacífico. Verticalmente, el control sobre el Putumayo mejoraría la succión de la inmensa bodega que significa el territorio amazónico, desde el sur en dirección del norte.

Desde este punto de vista, el Putumayo es un botín de guerra. Sin embargo allí, además de recursos existe gente. ¿Pero qué hacer con ella? La secuencia de acción que ha delineado el Plan Colombia durante estos años, es un fiel reflejo de la lógica que los Estados Unidos ha utilizado históricamente para resolver sus conflictos: integración sin condiciones o exterminio.

¿De qué otra manera puede interpretarse un ejercicio de control territorial que en su primera fase de ejecución implicó el asesinato de líderes sociales, el desplazamiento masivo de sectores significativos de su población por el envenenamiento de la tierra y de sus habitantes a través de la fumigación con glifosato? La profundización del conflicto militar y la aceleración de los espirales de la violencia en la zona alejan cualquier posibilidad de diálogo. Y por último, la puesta en marcha de sofisticadas tecnologías de tortura y guerra psicológica ha significado la desarticulación familiar y del tejido social de aquellos que sobrevivieron.

Así se entiende la poca afluencia de líderes hombres en el seminario, quienes tradicionalmente y gracias al legado patriarcal característico de la cultura campesina colombiana, se apropiaron de la representación política dentro de las comunidades. Sin embargo, en el caso de Putumayo no funciona así. En el marco de relaciones fragmentadas por el hambre, el desplazamiento o la pérdida de vidas, es posible valorar la magnitud de la tragedia para las mujeres, quienes deben asumir la carga psicológica y material que significa la muerte o el abandono de sus esposos. Con respecto a este último aspecto, es necesario aclarar que muchos hombres cabeza de familia se desplazan a otras regiones por amenazas relacionadas con el conflicto armado (proceso en el cual abandonan su antiguo núcleo familiar y constituyen uno nuevo), dejando el peso de su antigua familia sobre los hombros de las mujeres. Por estas razones vale la pena resaltar la importancia y coraje que significan los diferentes procesos de organización social de los indígenas y aquellos que germinan en las organizaciones de jóvenes y mujeres.

La militarización del territorio y de las relaciones sociales, ha introducido una serie de prácticas tales como el consumo de drogas en menores, la violación, el acoso sexual hacia las mujeres y las menores de edad. Mención aparte merece el secuestro extorsivo de los niños a la salida de las escuelas, ejercido por grupos paramilitares con fines económicos o, persiguiendo móviles políticos.

Si la tendencia sigue como hasta ahora, privilegiando la atención humanitaria como modelo de atención social a la población del departamento, lo más posible es que dichos recursos se malgasten en los diferentes canales burocráticos que este tipo de ayuda implica. Además, las secuelas sociales pueden ser catastróficas si no se atiende esta generación de jóvenes carentes de estructura familiar con capacidad de formarlos como ciudadanos. En este contexto, es viable avizorar una estructura social en la que la militarización de lo social retome algunas de sus fórmulas más degradantes: por ejemplo, el “sicariato” como modelo de resolución de conflictos.

De otra parte, si la tendencia se revierte en la medida que tanto acciones como procesos confluyan en la defensa y construcción permanente de los derechos humanos, entonces serán las organizaciones y sólo ellas, bajo la bandera de un proceso común, las llamadas a liderar una renovada dinámica de transformación social que imponga la agenda de vida de los habitantes del Putumayo, por encima de los intereses de muerte y exterminio. Esta fue una de las conclusiones del Seminario Internacional: imaginar un futuro mejor, nacido de esta crisis.

Es sábado y el sol por fin respaldece un poco. Mirando estas mujeres que se preparan solas a volver, cargando sus hijos... vivos o muertos; inevitablemente, me acuerdo de aquella anciana y rechoncha heroína de las Uvas de la Ira -una película sobre la depresión estadounidense basada en la novela de John Steinbeck-. En el último diálogo, luego de que su esposo ha fallecido destruido por el dolor y la realidad del desplazamiento, la anciana con los ojos puestos en el vacío de la carretera, inmersa en lo que quedaba de su familia en el espiral de la marginación social, pensaba para sí: “[...] los hombres van con sus aventuras de aquí para allá. Corren como niños con sus sueños debajo del brazo. Ellos triunfan o fracasan;

pero así mismo corren cuando el mundo se viene abajo. Pero las que allí permanecemos... constantes como la tierra que pisamos, somos nosotras las mujeres. Ellos siempre encuentran donde ir, pero nosotras.... somos la familia".



Carlos Duarte es antropólogo de la Universidad Nacional y actualmente se desempeña como profe de la misma universidad. Trabaja en el área de comunicaciones y estudios culturales del programa no gubernamental de protección a defensores de derechos humanos.
comonsense14@yahoo.com



EL ÚLTIMO TREN A CHEONGNYNGNI

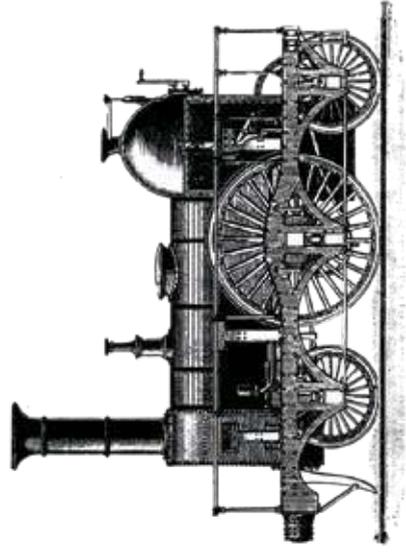
Andrés Felipe Solano



Desde el barco puedo ver como el río Han se mueve lento y pesado. En la orilla algunos pescadores tienden sus cañas. No sé qué clase de peces pueden sacar de este río que parte en dos a Seúl, una ciudad con once millones de habitantes. No había estado tan cerca de él. A veces, en el metro, veo como la bruma lo cubre y apenas puedo adivinarlo. Hace dos semanas recorrí parte de su margen sur, cerca a la Isla de Yeouido, donde está el parlamento coreano, que se parece un poco al Salón de la justicia donde se reúnan Superman, Batman, Robin, la Mujer Maravilla, Aquaman y los Gemelos Fantásticos. A la salida de la estación compré un refresco de sábila al que me he hecho adicto, y caminé esquivando los tenderetes de comida que, entre otras cosas ofrecen caracolitos o larvas en grandes platonos de metal. Hace cincuenta años ésta parte del río estaba desierta. Seúl, o lo que quedó después de la Guerra de Corea, que duró tres años y en la que participó Colombia del lado de las Naciones Unidas, se ubicaba en el lado norte. Ahora en el sur, en la Isla de Yeouido, además del parlamento, se ubica el edificio 63, uno de los más altos de la ciudad, símbolo del poderío alcanzado por Corea en menos de medio siglo y que cuenta con un acuario en su último piso.

Son las ocho y apenas está anocheciendo. El instituto que me invitó a pasar seis meses en esta península que permaneció aislada por decisión propia cientos de años, ha organizado este corto recorrido por el río. Me acompañan una poeta de Túnez, una periodista de Kirgistan y una escritora Palestina. Antes de pasar al buffet oímos cantar a un imitador coreano de Frank Sinatra, un viejo que dobla Fly Me To The Moon a la perfección.

Llenamos nuestros platos de cuanta comida se nos antoja: cerdo asado, sasimi, estofado de caracol. Me llevo una taza de Mauntang, una sopa de pescado ultrapicante que ya he ensayado en el pequeño apartamento que pusieron a mi disposición en la Universidad de Hankuk, donde vivo. La palestina y yo pedimos cerveza y una vez terminamos de comer salimos a fumar, con el viento de la noche, que ya ha llegado. Creo que nos ponemos un poco tristes cuando vemos por unas ventanas una fiesta de matrimonio. Hemos venido de diferentes partes del mundo hasta aquí, dejándolo todo sin saber muy bien por qué, atraídos por una invitación a conocer un país a medio camino entre China y Japón del que tenemos pocas simas referencias. Fumamos y vemos una iglesia cristiana a la orilla, sobre una colina, con una cruz de neón roja alumbrando sobre una cúpula. Seúl está infestada de iglesias cristianas. Desde la ventana de mi apartamento puedo contar doce cruces rojas que no paran de brillar en toda la noche.



El barco sigue su rumbo: los gritos del matrimonio aumentan a medida que se vacían las botellas de Soju, (el aguardiente coreano) y un nuevo cigarrillo nos acompaña. Estamos rodeados de muchos fumadores, mujeres y hombres asiáticos embriujados por el humo, una constante en este país. Más adelante vemos una garza solitaria sobre una boya de cemento.

Una vez atracamos me despido. Tengo una cita con una coreana con la que he ido un par de veces al cine y otro par a comer. Su casa queda cerca. Vivió seis años en París y regresó a Seúl hace apenas un año y oye canciones de Marisa Monte y viejos tangos en su carro. Nos encontramos en la primera planta del edificio 63 y vamos hasta el parque de Yeouido, donde suele correr en las noches, después del trabajo. La noche está fresca, a diferencia del insostenible sopor que hizo durante este día de finales de junio. Caminamos un rato por entre pinos, fuentes y pequeños lagos y cuando llegamos al centro del parque nos encontramos con un conejo; es blanco y resplandece en la noche. Mi amiga se acerca y lo alcanza a rozar. Me quedo viéndolos en silencio. Después, el animal desaparece.

Encontramos una banca y nos sentamos. Saca de una bolsa una cerveza y me la ofrece. Ella ha escogido una bebida con vodka. Hablamos de cine. Me gusta hablar de cine con ella. Tenemos algunas películas en común. A los dos nos gusta Takeshi Kitano. Hablamos del gran final de Zatoichi, cuando todos los personajes de la película bailan una mezcla de tap y danza tradicional. Nos emocionamos al recordarlo. Me cuenta que Kitano desciende de coreanos, pero no recuerda si fue su padre o su abuelo el que fue llevado a Japón durante la ocupación japonesa a principios del siglo XX. Japón invadió Corea y mandó sobre la península durante casi 50 años. A los coreanos se les prohibió hablar su idioma e incluso tuvieron que cambiar sus nombres por nombres japoneses.

La noche se va rápido para mi pesar. Debo tomar el metro antes de medianoche. Mi amiga me lleva en su carro hasta la estación. Quedamos atascados debido a una gran manifestación contra la importación de carne de res proveniente de Estados Unidos. Desde hace dos meses los coreanos protestan contra esta medida, temerosos de contraer la “enfermedad de las vacas locas”. Después de un par de atajos logramos llegar. Son las 11:50pm. Antes de despedirme suena en el radio El día que me quieras.

Corro y alcanzo a tomar el último tren a Cheongnyngni. Por la ventana del metro veo el río Han, las luces del edificio 63 y las gotas de un tenue aguacero de verano. ●

Andrés Felipe Solano es periodista independiente. Fue redactor de planta de la revista Cromos, editor de crónicas en la revista Soho y ha colaborado para revistas como Gatopardo, Rolling Stone, Semana y el diario El Espectador. Participó en la creación de la revista Arcadia y es autor de la novela Sálvame, Joe Louis (Alfaguara). Hasta hace tres meses fue el coordinador editorial de la revista Credencial, cargo que dejó para hacer una estancia en literatura en Seúl, Corea.



Rotativo Cali





En memoria de la arquitectura: Túnel Azul (ca.1975-2007)

A la memoria de Gloria Fernanda Gómez y Mary Pereira

La muerte es un motivo para hablar de la vida. Y en el caso de la vida de un edificio, significa hablar de las vidas de un arquitecto y de sus clientes. Es describir la satisfacción de quienes superan el espinoso tema contractual, monetario, para hablar de los sueños y darles forma tangible. O denunciar el fracaso. Es a la construcción de esos sueños a los que llamamos arquitectura, la disciplina que hace que de repente ciertas personas dejen de ser anónimas para nosotros y para la posteridad. Ejercicio de la memoria al que nos invita Marcel Proust cuando en *La muerte de las catedrales* nos habla de las catedrales góticas como los libros de los ritos.

El tema de este obituario es una casa ya desaparecida del barrio San Fernando Viejo, en Cali. Hace unos pocos años, mientras escudriñaba uno de mis *Anuarios de Arquitectura en Colombia*, descubrí

su nombre: el *Túnel Azul*. Como las fotos estaban en blanco y negro, era difícil saber cómo era el ambiente interior. Mis primeros recuerdos de la casa datan de 1987 y no son muy precisos, pues tenía poco interés en la arquitectura. Llamaban mi atención tanto su techo curvo como su creciente deterioro: un andén en mal estado, desaseo del edificio, vidrios rotos y cortinas raídas, sin contar lo lúgubre de su aspecto en las noches. Además de eso, la presencia de un permanente escape de aguas negras que llegaba hasta la calzada vehicular.

Veinte años después de mi descubrimiento la casa se hace notable por la única razón por la cual la arquitectura se vuelve importante para nosotros: su desaparición. Antes de su definitiva condena al olvido, creo conveniente contar una historia: la vida de una casa, de un arquitecto y de su cliente.

El arquitecto

Fernán Giraldo Mazuera nace en Pereira en 1941. Desde pequeño siente gran interés por la naturaleza gracias a las jornadas que pasa en la finca familiar de La Victoria. Sin embargo, la ilusión de estudiar agronomía y corresponder a su vocación se trunca por causa de la violencia partidista que obliga, a toda la familia de orientación conservadora, a abandonar la región. Ya en Bogotá y con la aprobación del padre, el joven Giraldo se inclina hacia la arquitectura, que en su opinión se acerca a la naturaleza y parte de ella.

Se inscribe en la Universidad de América, pero el sistema de enseñanza le parece inadecuado, por lo que, años más tarde, junto a un grupo de compañeros, funda la Universidad Piloto de Colombia.



La Universidad Piloto comienza con una incipiente Facultad de Arquitectura instalada en un galpón en el parque Nacional; Fernán Giraldo se forma entre arquitectos de primera línea como Rogelio Salmona, Fernando Martínez Sanabria, Pedro Mejía y Germán Téllez. El proceso formativo del joven Giraldo también es estimulado fuertemente por uno de sus amigos, el fallecido arquitecto Francisco Ramírez, al igual que por las constantes visitas y el trato con los maestros de obra.

Fernán Giraldo termina sus estudios en 1967 pero obtiene el título de arquitecto en 1970, debido a problemas con la legalización de los programas de la universidad. Es contratado por Eternit Pacífico, por lo que se traslada a Cali. Entre los aportes de Giraldo se puede contar el *Sistema Modular Eternit*, usado de manera intensiva en vivienda económica en el territorio nacional y en Puerto Rico; crea también el *Sistema Residencial*, resultado de superponer teja de barro a la teja ondulada y, finalmente, desarrolla la *Teja Española*, que se convierte en un éxito comercial.

Fernán Giraldo se retira de Eternit después de diez años de labores y se asocia con el arquitecto Harold Martínez en el concurso para el Palacio Departamental de Risaralda y en el diseño del plan maestro para el campus de la Universidad Santiago de Cali. De este plan sólo se construyen dos

edificios, aún en pie pero tergiversados por las desafortunadas intervenciones que se le han realizado.

Aunque el arquitecto ha manejado un bajo perfil profesional, lo que por fuera del gremio y para las generaciones más jóvenes de arquitectos significa ser un desconocido, ello no quiere decir que sus obras hayan sido pocas. Entre ellas se cuentan la urbanización *El Portal* de Jamundí, el *Boulevard* de la Avenida Sexta, en el norte de Cali, y el edificio *Emporio*, donde se localiza la *Librería Nacional* del Oeste. Fernán Giraldo sigue dedicado a la arquitectura y señala que va a morir “con el lápiz en la mano”.

Entre ellas se cuentan la urbanización El Portal de Jamundí, el Boulevard de la Sexta Avenida, en el norte de Cali, y el edificio Emporio, donde se localiza la Librería Nacional del Oeste.

El cliente y su encargo

En la entrevista concedida en febrero de 2008 al autor de esta nota, el arquitecto Fernán Giraldo señala que el *Túnel Azul* nace por iniciativa de Jaime Upegui, propietario

de la rectificadora de motores Intermotors y a quien conoce por medio de su trabajo en Eternit. Upegui vivía con la pintora Rocío Gómez y con los hijos de su anterior matrimonio, en una casa de un piso, ubicada en la esquina de la calle 4ª con carrera 34 del barrio San Fernando Viejo de Cali. El techo de la casa era una losa plana horizontal; la pareja quiere aprovecharlo para realizar una adición. Se trata de “una idea loca, un túnel o algo así”, según el dueño, que les permita independizarse de los hijos, quienes deciden quedarse en la casa paterna. El programa de espacios incluye una alcoba principal con baño y vestier, una alcoba para el niño que estaba en camino, el estudio para la dueña de la casa y una terraza. Una escalera ubicada a la derecha del acceso existente daba paso al corredor principal de la adición.

En su momento, el resultado arquitectónico es considerado extravagante. Lo más llamativo desde el exterior es el techo, una bóveda de cañón en láminas curvas y onduladas de Eternit. La iluminación natural está garantizada por unos lucernarios practicados en los volúmenes de concreto que se asoman a lado y lado de la bóveda. En cierto modo se trata de una casa experimental, de un ejemplo aislado que no parece haber dejado seguidores conocidos en la ciudad.

El nombre de la adición, y por ende el de toda la casa, resultó de la combinación de la afición de Rocío Gómez por el color azul

con la forma curva que se adoptó para formar el techo. En el interior, el piso tenía un acabado en cemento esmaltado, las paredes transversales se pintaron en azul oscuro; los lucernarios, en azul celeste; las puertas y la parte inferior de la bóveda recibieron un acolchado de color azul claro. La bóveda propiamente dicha se forró con listones de madera de color natural.

El arquitecto cuenta, con orgullo, una anécdota muy bella sobre el proceso de diseño de la casa: al momento de entregar los planos a la dueña, ésta le obsequia una pintura en batik cuyo tema es la imagen de una indígena wayúu, vestida con una manta que alterna los colores azul, blanco y negro. El cuadro reposa en una de las paredes del apartamento donde hoy reside el arquitecto; cuando lo ve, recuerda a su autora y la felicidad de aquel momento, pero también la tristeza de la tragedia que envuelve la historia de la casa.

Decadencia y fin del Túnel

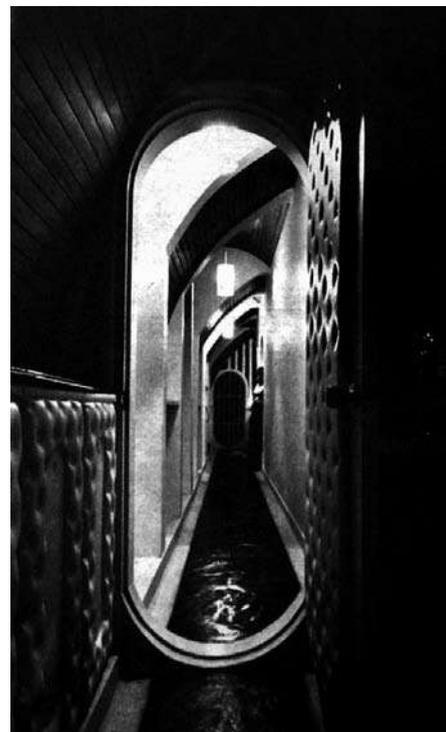
La vida de la arquitectura depende en gran medida de la vida de sus usuarios; el *Túnel Azul* no escapa a esta verdad de a puño, y se ensombrece. El recién nacido fallece, y esto trastorna la unidad familiar; la salud de la dueña de casa se deteriora,

y pronto muere. Visiblemente afectado, el ahora viudo decide vender la casa. La compra un empresario promotor de los Goliat de la cuadra, el par de torres de apartamentos *Eilat*. En la década de 1990 estas torres sucedieron a la casa ubicada hacia la otra esquina de la manzana sobre la carrera 34, frente al Carulla de San Fernando.

Es claro que el *Túnel Azul* parece estar condenado a desaparecer, pues en su lugar se gesta un proyecto para realizar dos torres de apartamentos, similares a los *Eilat*. Sin embargo el proyecto se paraliza, y comienza la lánguida agonía de la casa, abandonada mas no completamente desocupada. No se tiene conocimiento de quiénes la ocupan; sábanas raídas y descoloridas se convierten en las cortinas que en vano intentan ocultar el gran valor comercial del predio, en detrimento de la arquitectura. El inmueble estorba, su fin se acerca.

El fin de los edificios, algunos ya indeseables para sus dueños, llega como suele ser la costumbre con la arquitectura: en silencio, desde adentro, cuando sólo queda la cáscara y la arquitectura es sólo un recuerdo. En el caso del *Túnel* ocurrió entre septiembre y octubre de 2007. Como habitante del sector registro la periódica desaparición de la casa bajo las piquetas demoledoras, pues nada más puede hacerse. Ante el mutismo de los vecinos y del gremio de los arquitectos, el *Túnel Azul* desaparece en una breve

En cierto modo se trata de una casa experimental, de un ejemplo aislado que no parece haber dejado seguidores conocidos en la ciudad.





agonía, sin dar tiempo siquiera a conocer sus secretos. En pocos días sólo queda un terreno vacío, convertido transitoriamente en un precario parqueadero cercado con alambre de púas.

Los arquitectos y los promotores del nuevo proyecto prometen 90 parqueaderos con ascensor y cuatro locales para restaurantes, en el anodino e impersonal estilo del momento; un cambio oportuno para algunos y desafortunado para otros. Sin embargo, pasan dos meses y nada pasa. La evidente ausencia de la casa y de obreros hace presagiar lo que ya es norma en el centro: la eterna valorización de los lotes de parqueaderos. De repente, un día cualquiera, se realiza el cerramiento del lote y la maquinaria pesada comienza a excavar las zanjas para los cimientos de la nueva obra, no sin antes demoler los vestigios de la antigua.

Hoy la casa ya no está. Podemos lamentarnos por la ausencia de una casa que no conocimos en su intimidad, o ser indiferentes ante ella, pero no podemos negar que existió, y que de algún modo hace parte de nuestros recuerdos, sean gratos o no. Por ello expreso mi agradecimiento a un arquitecto, Fernán Giraldo, quien fue sensible al sueño de una pareja que entendió que la tarea de hacerlo realidad también le incluía a él.

Cuanto más nos preocupemos por mirar hacia adelante arrasando con lo que dejamos atrás, alabando de manera ingenua y acrítica los edificios de moda, pero descuidando aquellos que forman parte de nuestra cotidianidad, tanto más desarraigados e insensibles nos volvemos. Como arquitectos o como ciudadanos, no importa. Quizá algún día hagamos memoria, y en ese momento las casas y los andenes dejen de convertirse en parqueaderos. Paz en los ausentes cimientos de la bóveda celeste. ✨

Erick Abdel Figueroa Pereira



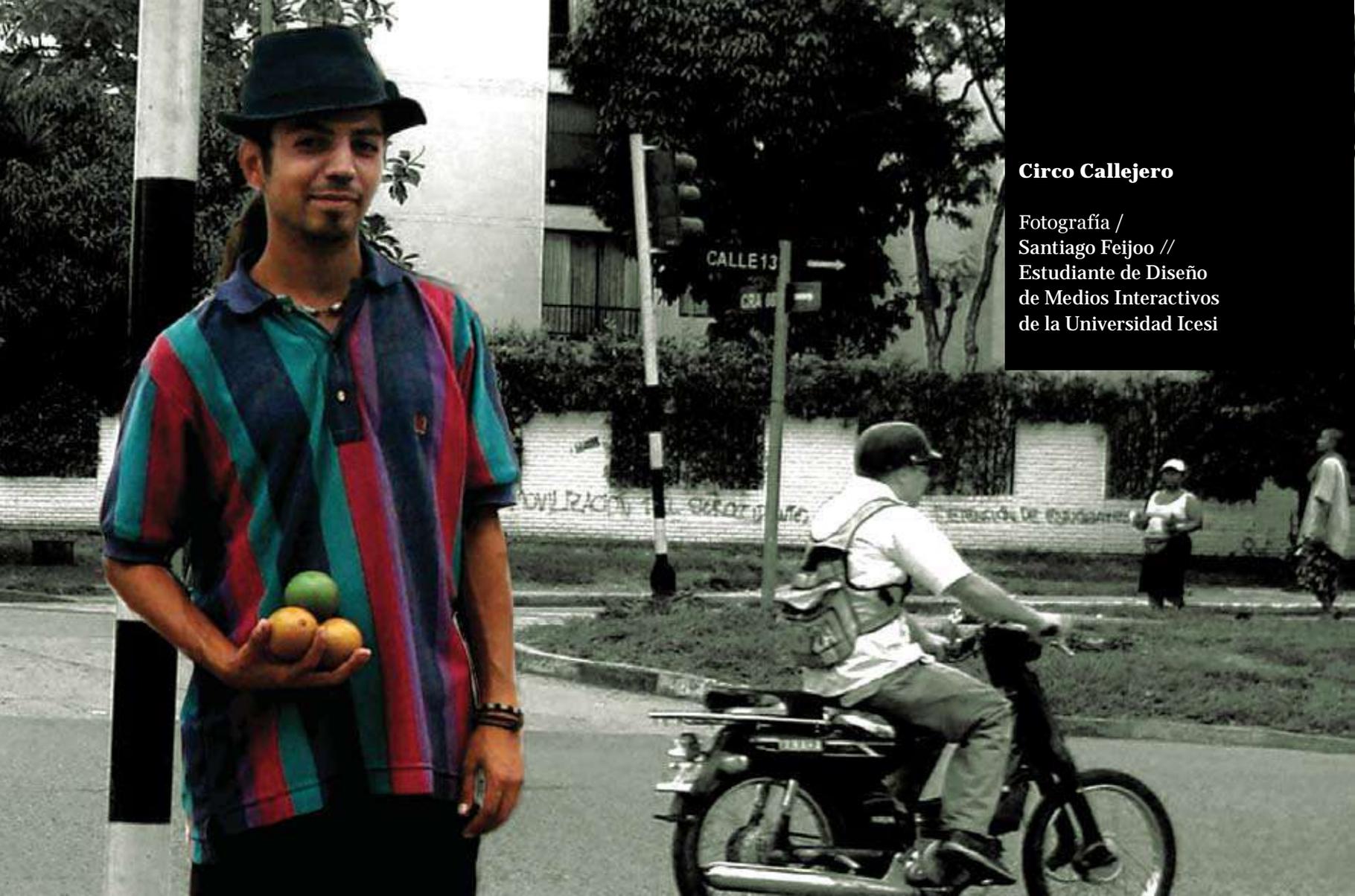
Arquitecto y licenciado en Filosofía. Profesor asistente, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Profesor Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño, Universidad de San Buenaventura Cali. Profesor Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Icesi.



Fotografías de archivo · Germán Téllez
Fotografías de la demolición: Erick Abdel Figueroa







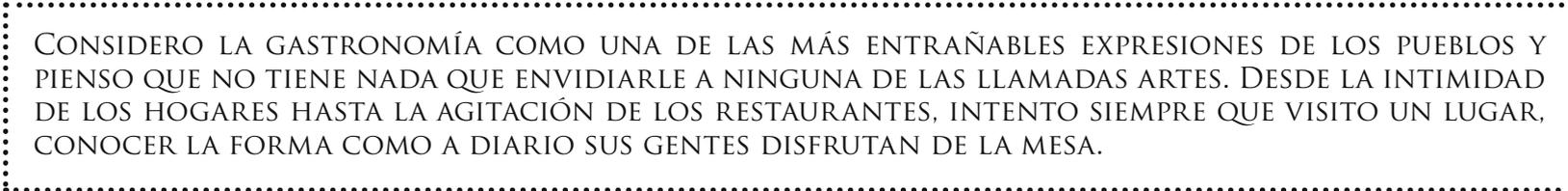
Circo Callejero

Fotografía /
Santiago Feijoo //
Estudiante de Diseño
de Medios Interactivos
de la Universidad Icesi



CONFESIONES
DE UN COMEDOR DE





CONSIDERO LA GASTRONOMÍA COMO UNA DE LAS MÁS ENTRAÑABLES EXPRESIONES DE LOS PUEBLOS Y PIENSO QUE NO TIENE NADA QUE ENVIDIARLE A NINGUNA DE LAS LLAMADAS ARTES. DESDE LA INTIMIDAD DE LOS HOGARES HASTA LA AGITACIÓN DE LOS RESTAURANTES, INTENTO SIEMPRE QUE VISITO UN LUGAR, CONOCER LA FORMA COMO A DIARIO SUS GENTES DISFRUTAN DE LA MESA.



A finales del siglo pasado mi vida tomó un nuevo rumbo que tuvo como destino la ciudad de Barcelona. Allí, después de algunos ires y venires, el equipaje se detuvo en su corazón multicultural donde fui testigo de la transformación migratoria que básicamente se manifestó en lenguas guturales, el colorido de la piel y los trajes de los nuevos habitantes del barrio, quienes unidos a la variedad de sus mercados y los restaurantes que terminaron deliciosamente invadiendo todo alrededor.

Mi curiosidad gastronómica y cultural se vio saciada poco a poco y casi sin notarlo. En un principio, entrar en las tiendas era un descubrimiento emocionante pero con el tiempo terminé integrado a sus comercios como un cliente más del barrio.

Los libros de recetas, los restaurantes y los colmados se complementaron con las preguntas al tendero, a la vecina o al cocinero sobre cada plato y producto, lo que terminó por incorporar naturalmente muchos de sus platos a mi dieta diaria.

Indios, pakistaníes, marroquíes, turcos, libaneses y filipinos eran ya la cotidianidad de nuestro barrio y su talante amigable se convirtió en aliado para aprender más sobre su alimentación y cultura.

Con el tiempo, los libros de cocina con hermosas fotos fueron reemplazados por invitaciones de los vecinos a cocinar y posteriormente por viajes siempre en busca de la cocina más auténtica. Así encontré la ruta imaginaria que une el norte de África con el sur de Europa llegando hasta la India en un camino espolvoreado con especias y amalgamado por Barcelona, capital mundial de la cocina contemporánea.

La paella y el jamón fueron cediendo ante el *hommos*, el *baba ganoush*, el *tabuleh* o el *aloo gobi*, las *raitas* y los *chutneys*. Las ansias de conocer más recetas se saciaron con “Aroma árabe”, el afamado libro de Salah Jamal, un palestino residente en Barcelona y que por cosas del destino terminé conociendo. Su sentido del humor y su buena conversación agregaron información sobre

la cultura musulmana y algunos “secretos-maternos para las elaboraciones culinarias de su tierra.

La palabra *serendipity* tiene su origen en el antiguo nombre de Ceilán, aquella isla del Índico más conocida hoy por el tsunami que la azotó hace unos años que por su aromática gastronomía. Los ingleses usan esta palabra para describir los descubrimientos que hacemos por casualidad, y es lo que me ocurrió por segunda vez al conocer a Deepti Golani, una india de Rajastán que lleva más de 15 años difundiendo la cultura gastronómica de su tierra en Cataluña. Deepti impartió un curso a dos calles de mi casa dando el cierre perfecto a los conocimientos empíricos de cocina indostaní, o en otras palabras, del curry.

Es justo mencionar ahora que una cuarta parte de la población mundial se alimenta con *curries*, un producto del que sabemos más bien poco y del que tenemos la impresión que es un polvito amarillo nacido por generación espontánea de algún arbusto y que sirve para echarle a la crema de leche y hacer “pollo al curry”.

Lo cierto es que India, Pakistán, Afganistán, Nepal, Tailandia, Malasia, Ceilán e incluso regiones de África y el Caribe, basan su dieta en platos elaborados a partir de especias. Los hay de vegetales, de carnes, de aves, de frutas; es un universo de colores y sabores inmenso acompañado de arroces, panes y salsas de yogur.

La Enciclopedia Británica define el curry como la mezcla de especias molidas adaptada por los ingleses a partir de las recetas tradicionales indias.

La palabra “curry” (como todo lo interesante) no tiene un significado cerrado ni absoluto; también se denomina así a todos los platos que se preparan con las especias como protagonistas. Algunos dicen que viene de la palabra hindi “Karahi”, sartén usado para preparar los *masalas* (mezcla de especias). Otra hipótesis es que viene de “Karhi”, que es una sopa de harina muy condimentada. La verdad es que “curry” también describe una forma de comer que no pasa por dos platos y un postre sino por muchos platillos que los comensales comparten alegremente alrededor de la mesa y casi siempre con la mano, ayudados del pan *chapati*.

Sabemos que desde la antigüedad la maceración de productos en especias ha sido una de las técnicas de conservación más efectiva y hoy en día sigue usándose debido a las cualidades de sabor que aporta a la cocina. Entre los principales ingredientes del curry están las semillas de cilantro, la cúrcuma, el comino, el fenogreco o alholva, el chile o ají, el jengibre, la pimienta y así hasta 20 especias mezcladas según recetas que en la India pasan de generación en generación consiguiendo una sabiduría de siglos. Cada familia presume poseer las proporciones perfectas y el más equilibrado *masala*.

La segunda parte de este relato se desarrolla en Cali, siete años de ausencia después y convertido en un *curryholic*, que es como se autodenominan muchos de los occidentales enganchados al picante asiático.



¿Y ahora qué voy a hacer? Por más que cargué con unos 15 kilos de polvitos y semillas desde España, habría un día en que se acabarían. Además, la moda gastronómica colombiana se había centrado en la cocina Tailandesa y el curry que me ofrecían eran unos sobres tipo sopa Maggy traídos de Miami. Pero como se sabe, un adicto hace hasta lo imposible para satisfacerse.

Múltiples excursiones por supermercados y “tiendas gourmets” con numerosos frasquitos de tamaño reducido y precio elevado tan sólo lograron hacerme ver como un esnob más y aumentaron mi desesperación. Estaba buscando en el lugar equivocado, las verdaderas especias sólo podían estar en un espacio atiborrado de gentes, de olores y comercios, algo más cercano al gran bazar de Estambul que a un Carrefour: así pues descubrí en pleno centro, detrás del Palacio de Justicia, las especias en costales y en grandes cantidades como debía ser.

Allí encontré las semillas de cilantro, que aún no sé a quién se las venden pues son inexistentes en nuestra cocina, el cardamomo, los clavos y la nuez moscada, las

semillas de mostaza negra y amarilla, y contra todo pronóstico encontré fenogreco, aquella pepita dura como la piedra y que le da ese aroma terroso al polvo de curry.

Cargados de semillas, mi compañera y yo nos dispusimos a comenzar la alquimia; ella, que amorosamente ha estimulado y se ha unido a mis devociones, me acompañó a tostar las especias y consiguió la máquina de moler de una vecina que instalamos en la terraza de su casa materna.

A la vecina aún hoy, después de casi dos años, las arepas le saben a comino y canela. Por otra parte nosotros hemos logrado fabricar *garam masala* y una pasta de curry, con la mayoría de ingredientes conseguidos en Cali.

Aunque faltan muchos productos como la azafetida, las semillas de cebolla y amapola, el besan o harina de garbanzo, el cardamomo verde, la cúrcuma y el arroz basmati a un precio razonable, también es posible gozar de un buen yogur natural, del pan chapati mezclando harina blanca con integral y de la frescura del cilantro, la hierbabuena, el laurel, el mango, el coco y toda la variedad de frutas tropicales que también se usan en la India sin más límite que la imaginación y el paladar, pues cuando se habla de curry los términos salado o dulce son una pobre y restringida descripción.



PELIGROSA SUGERENCIA SUSCEPTIBLE DE ADICCIÓN

1k de pechuga de pollo en dados _ 2 cebollas grandes
2 cm de jengibre pelado _ 2 ajos _ 2 cucharadas de pasta de curry
2 tomates maduros rallados _ 1 manojo de cilantro fresco
6 cucharadas de aceite vegetal _ Garam masala

1. Calentar aceite y sofreír una cebolla en julianas a fuego medio.
2. En el procesador de alimentos hacer un puré con el ajo, la cebolla y el jengibre.
3. Agregar el pollo, revolver hasta que se haga por fuera, añadir sal.
4. Incorporar el puré poco a poco hasta que el pollo lo vaya absorbiendo. Agregar entonces la pasta de curry.
5. Mezclar hasta que todo se impregne y añadir un tercio de taza de agua hasta conseguir una salsa algo líquida.
6. Incorporar el tomate, cocer hasta que el pollo esté y la salsa espese revolviendo de vez en cuando.
7. Espolvorear con Garam masala y cilantro picado antes de servir.

Acompañar con arroz basmati y chutney de mango

Joaquín Llorca

Joaquín Llorca, mucho antes de ser arquitecto, se relacionaba ya con la gastronomía (3 veces al día), hoy, además de esta reiterada afición dedica el tiempo que le queda a dar clases (no de gastronomía) en las universidades Icesi y del Valle.



7 razones por las que prefiero
los aborrajados de tostada
a los de tajada



1. Porque, al prepararlos, resulta más cómodo sellarles los bordes.
2. Porque no necesitan mucha harina para que queden bien “aborrajados”.
3. Porque, al tener menos harina, no quedan tiesos sino crocantes.
4. Porque quedan más anchos y hay más espacio para que se derrita el queso.
5. Porque se les hacen boleteritos apanados en los bordes (y me gusta arrancarlos uno por uno).
6. Porque es más fácil despellejarlos.
7. Porque así los hacía mi abuela, así se los enseñó a hacer a mi mamá y así me los enseñó a hacer ella a mí.

Receta para 4 porciones

1. Partir los plátanos maduros en troncos. (4 por plátano).
2. Freír los troncos en aceite por unos minutos hasta que se doren.
3. Sacarlos del aceite, dejar enfriar y aplastar en forma de tostadas.

Es importante que no estén calientes porque se pueden pegar al martillo (o piedra), pero que tampoco se enfrién mucho porque se desbaratarían.

4. Aparte, batir 2 huevos con un poco de harina (ensayar primero con 2 cucharadas e ir probando consistencia) y añadir una pizca de azúcar y una pizca de sal.

5. Partir el queso cuajada en tajadas medianas no tan gruesas (que quepan en el centro de las tostadas).

6. Armar los aborrajados poniendo el queso en el centro de una tostada, taparlo con la otra y sellar los bordes aplastándolos con los dedos.

7. Pasar los aborrajados por la mezcla de huevo. Se deben voltear para que queden impregnados de manera uniforme.

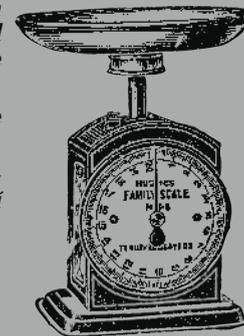
8. Una vez caliente el aceite, poner los aborrajados en el sartén, bajar el fuego a medio y con una cuchara limpia, empujar el aceite hacia el aborrajado para que se vaya cocinando la parte superior.

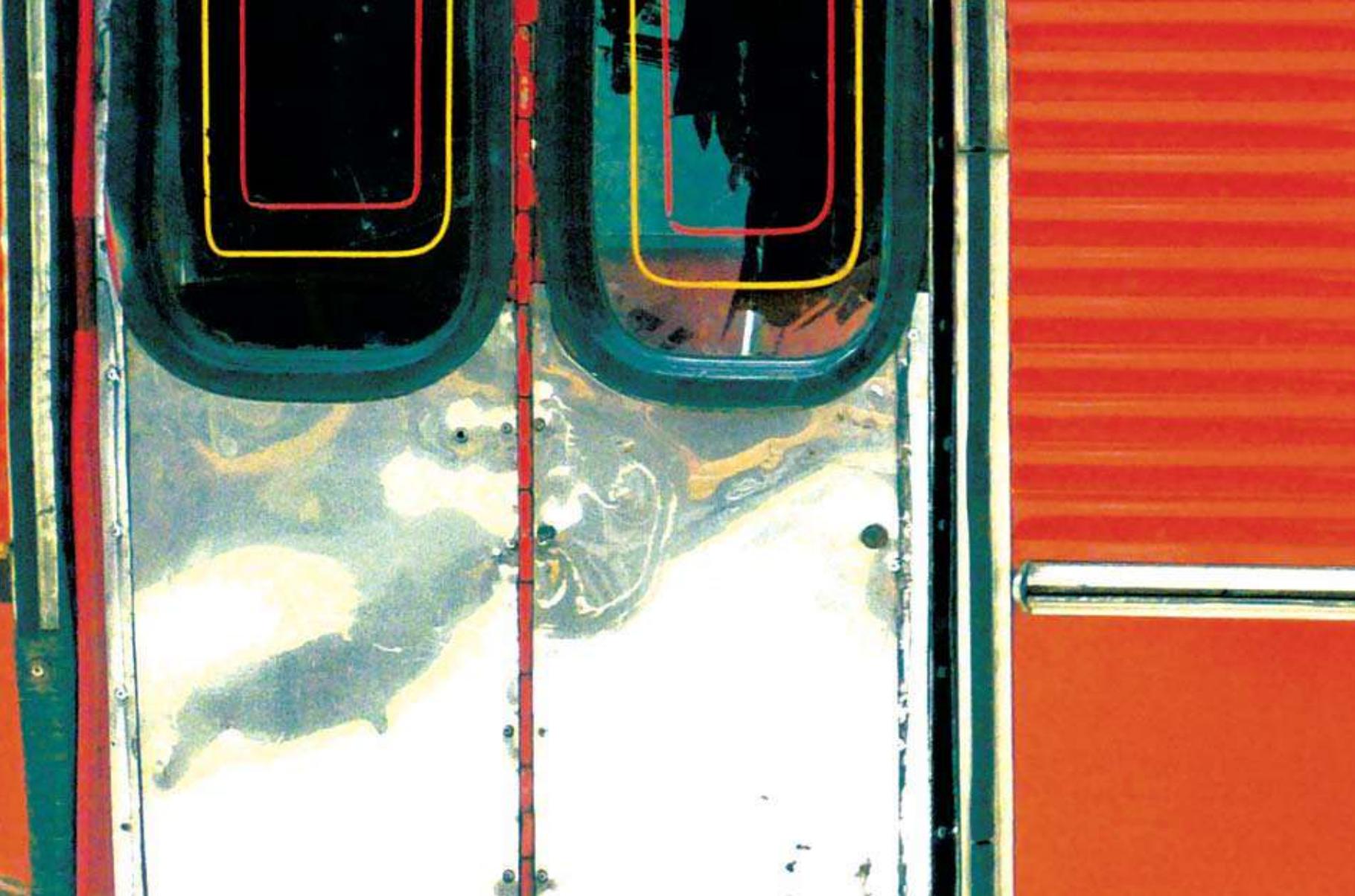
9. Una vez dorada la parte sumergida en el aceite voltear el aborrajado.

10. Antes de comer se recomienda poner el aborrajado sobre papel absorbente para cocina y así disminuir el riesgo de infarto.

11. A disfrutar!!

Ingredientes:
2 plátanos maduros · Queso cuajada
(suficiente para 4 trozos no muy gruesos) · 2 huevos · Harina
· Azúcar · Sal · Aceite





Fotografías :: Carlos Dussán
[flickr.com/cdgatonegro](https://www.flickr.com/photos/cdgatonegro/)



 280



A stylized letter 'A' logo with red, white, and blue elements.



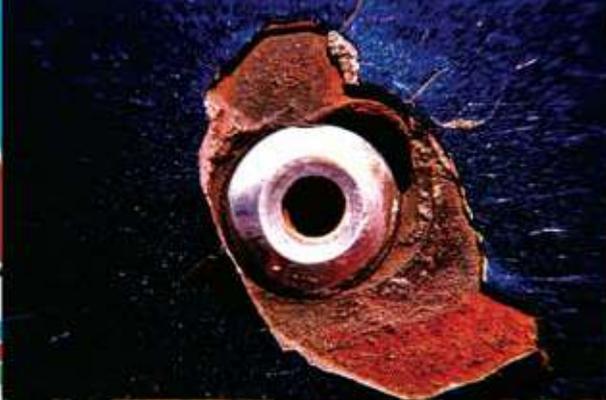
157

157 crema

GRO

ROJO

crema





**Las
aventuras
inconclusas
de los swinger:
o nuestro modo de
pasarla bueno**

Autora: Paula Arias*
Coautor: Andrés Pabón

Antes de entrar a un bar swinger uno le teme a dos cosas: a no gustarle a nadie y a gustarle a alguien. En el primer caso corre uno el riesgo de regresar a casa con el ego aplastado. Pero por fortuna no se regresa sola. En el mundo swinger no se va sola a citas a ciegas y no se enfrenta sola la molestia de la mañana siguiente *después de...* Lo sabroso de la vida swinger es que uno pasa por éstas con el otro, en una suerte de destino compartido que resuelve parte de la angustia. *“Por lo menos voy con alguien a quien le gusto”*, me dije cancelando el tema. Pero entonces estaba el otro problema: qué pasaba si le gustaba, le gustábamos, a alguien. Nos imaginábamos que en cuanto entráramos todas las parejas se girarían a mirarnos, nos examinarían, y, luego, una morena sensual nos invitaría a su mesa o una pareja ardiente nos sacaría a bailar o recibiríamos insinuaciones abiertas a través de servilletas y miradas. Entonces, no sabríamos qué hacer. O sea, sí sabíamos: *“nada que nos haga sentir incómodos o que genere celos al otro”*, me había dicho el Andrés antes de salir de casa. Pero lo cierto es que ingresábamos a un mundo desconocido, nunca enfrentado y ninguno de los dos podía predecir qué iba a resultar realmente incómodo, qué despertaría celos. Las parejas suelen ser lugares cómodos, despojados de novedad, provistos por lo general de deliciosas y aburridas certezas. Nuestra primera noche en un bar swinger nos arrojaba - juntos, por fortuna - a un terreno de total incertidumbre.

Incetidumbre, ¡mierda!, incetidumbre.

- Si algo no te gusta me decís, ¿no?, no vamos a jugarnos la relación por esto - le digo al Andrés en la puerta -. No vaya a ser que la aventurita nos salga cara...

Él me sonrío con su sonrisa de nervios (se le tensan las mejillas, las comisuras de los labios se dirigen torpemente hacia los extremos de su cara).

- No, no... Cómo se te ocurre.

Y entramos.

Sabíamos del lugar por Internet, porque una pareja nos contó y porque ya habíamos pasado por ahí tres veces sin decidirnos. Pero hoy no. Hoy era definitivo. \$70.000 por pareja. *“Tienen que mantener siempre los dos. Juntos. Si uno de los dos se emborracha deben irse ambos. Pueden entrar todo el licor que quieran. La discoteca funciona hasta las 12, después pueden bajar a la zona húmeda”*. (¿Zona húmeda?) El hombre de la recepción es seco pero cordial. *“Cuando puedan bajar a la zona húmeda se les darán toallas. Pueden desnudarse (¿desnudarse?) o usar ropa interior. Se les asigna un casillero para que guarden sus cosas y se les dan chanclas para que no anden descalzos, ¿Alguna pregunta?”*. Tengo muchas, claro, pero no es cosa de hacerlas aquí, en la recepción, haciendo fila como quien espera a que le asignen un cuarto de motel. Reviso con disimulo a las parejas de atrás. Son tres. Adultas y serias. Señores que ve uno mercado los domingos con medias y pantalones cortos. Señoras. Más bonitas que sus maridos, como siempre. Nadie conocido, gracias a dios.

“Cuando puedan bajar a la zona húmeda se les darán toallas. Pueden desnudarse”

El Andrés y yo subimos a la discoteca. De repente el miedo se ha disipado. Me siento sexy y audaz. Atrevida. Rompiendo la historia. La de mis padres y mis abuelos. La de sus matrimonios y sus fracasos. Bebo dos sorbos de la caneca de aguardiente y me aliso el cabello. Entramos y nos ubicamos rápidamente en la barra, sin mirar a nadie, más bien para evitar que alguien nos mire y se nos lance con propuestas para las que no estamos preparados.

Parece una discoteca cualquiera. Pista de baile, barra, mesas, luces convencionales. Ni un detalle erótico que desnude su intención. Nadie nos mira. Nadie nos envía servilletas con propuestas, ninguna morena sensual parece interesarse en nosotros. Ya sentada recorro el lugar. Las parejas parecen normales. Hay de todo: jóvenes

y viejos, mucha clase media que se endeuda para pagar el carro, una que otra silicona y esposos con barriguita. Empiezo a sentirme cómoda. Fumo un cigarro, bebo un trago. Veo a las parejas bailar: me descubro desenvuelta, dispuesta a jugar un poco. Liberada. Los miedos siempre me vienen vestidos de gigantes. Ya en situación se minimizan, se hacen chiquitos, puedo atajarlos en la mano y enviarlos a la papelería de reciclaje. Bien por mí. Anuncian el striptease. Sexo en vivo. No me entusiasma mucho. Los striptease masculinos fueron hechos para hombres gays, no para mujeres. No conozco la primera que se emocione viendo un tipo en seda dental... Si salieran bien vestidos y te miraran a los ojos y se desnudaran sin tanto aspaviento de caderas, tal vez... Por fortuna sale primero la chica. Una trigueña diminuta y perfecta que se contonea sobre las piernas de hombres y mujeres. Muy pocos la tocan, pero la gente corea y bromea como en las despedidas de solteros. Lentamente se acerca hacia nosotros. Andrés baja la cabeza y yo me hundo en mi puesto (no dejo de pensar que los gestos de la chica son fingidos, que le están pagando por parecer sexy, que es mentira que nos desee tanto como demuestra). La chica se marcha sin intentar seducirnos. Así funciona el mundo swinger. Como la comunidad LGBT, los swinger aprenden rápidamente, y sin proponérselo, un lenguaje sutil hecho de gestos sin palabras. Se dice que no o que sí con la mirada, con un roce de mano, con una postura del cuerpo. Lejos de la chica puedo ver a mi esposo esta vez con curiosidad. Tan absorta estaba en la observación del lugar que no había caído en cuenta del pobre Andrés. Está aquí, a mi lado, con las manos sudando y la cabeza entre los hombros.

– ¿Qué te pasa?

– No sé...

– Ay, Andrés, estamos acá, es una cosa de los dos: nos la gozamos o nos la pasamos asustados y perdemos los 70.000 pesos...

Al Andrés, en cambio, los sustos lo agarran desprevenido. Se lanza con excesos de confianza y en escena se paraliza. Lo conozco. Hay que sacarlo de ese estado sin suavidad, sin consideraciones, con voz de mando. Ya más tranquilo por fin me pide que bailemos. Salimos a la pista como si estuviéramos en Tin Tin Deo y movemos los pies mientras la cabeza nos da vueltas. Salsa de alcoba, *guácala*. Nos arriesgamos con un reguetón y coqueteamos entre nosotros para que los demás vean que no somos los mojigatos de la barra. Que algo de sangre nos late por dentro. Y justo cuando estamos entrando en calor un narrador nos invita a seguir a la zona húmeda. El momento ha llegado aunque intentamos dilatarlo. Seguimos bailando, bailando, todavía no, un ratito más acá arriba, por favor, hasta que la sala queda vacía y no nos queda más remedio que disimular el temblor de piernas, tomarnos de la mano, más fuerte, si es posible, y bajar.

Caliclub funciona como sauna gay la mayor parte de la semana. Sólo los jueves y sábados están destinados para parejas swinger o mujeres solas (los hombres solos no pueden ingresar, “*son morbosos*”, nos dice el encargado). En el primer piso se encuentra la zona húmeda compuesta de piscina, barra de licores, sauna, baño turco y sala de casilleros. También hay espacios pequeños con sillas playeras o colchonetas. El segundo piso es ocupado por la discoteca y en el tercero hay cuartos oscuros, pequeñas habitaciones con una camilla de hospital, paredes oscuras y luz mortecina. Algunos cuartos no tienen puerta para mayor exposición y otros son tan oscuros que a duras penas logra observarse la sombra de los cuerpos, el blanco de los ojos. Por último, está la terraza, a cielo abierto, con sillas acolchadas. Por todas partes hay televisores que emiten películas porno. Logro olvidar los discursos feministas contra la pornografía, pero no puedo evitar recordar que a las gritonas de tetas enormes alguien les está pagando.

El procedimiento para ingresar a la sala húmeda es más que violento. Uno esperaría una desnudada sensual en un salón de luces tenues y velas aromatizadas. Nada de eso. El casillero está

bien iluminado, limpio y funcional. Las parejas se comportan como tales: las mujeres doblan los pantalones de sus maridos y se cubren con las toallas para cambiarse, como en un paseo de río cualquiera. El Andrés y yo nos quedamos en ropa interior. Algunas mujeres enseñan los pechos, pero la mayoría usa su mejor sostén. Nadie parece avergonzado o incómodo, pero evitamos todos mirarnos a los ojos. A veces se cruza una mirada simpática y uno sonrío más como gesto de reconocimiento y saludo que como invitación sexual. Parecemos un conjunto de excursionistas, agrupados por una agencia de viajes, y no una tribu de cuerpos animados por el deseo. Tomo nota de los rostros y las edades y examino a las parejas pensando si alguna podría gustarme. Acostumbrada a elegir a los hombres como objeto del deseo, y a las mujeres como objeto de admiración, me cuesta pensar en que ahora debo expandir mis gustos hacia dos, como conjunto, como unidad.

“Parecemos un conjunto de excursionistas, agrupados por una agencia de viajes, y no una tribu de cuerpos animados por el deseo”

Damos una vuelta por la zona húmeda. La iluminación es plana y carente de sensualidad. Me hace falta un poco de música, tal vez, y superficies acolchadas y sedosas y juegos eróticos que estimulen el encuentro. Hemos visto fotografías de los grandes clubes swinger del mundo. Algunos funcionan como restaurantes de intercambios sexuales en los que las parejas se buscan estimuladas por platos exóticos. Hay otros con piscinas llenas de espuma y esponjas finas que disponen el cuerpo para baños relajantes. Hay lugares oscuros, rojizos o azulados, que resaltan brillos y contornos de la piel. Hay salones swinger en que te vendan los ojos con pañuelos y caminas a tientas en medio de alfombras y explosiones de olores. *Shortbus* (John Cameron Mitchell, 2006) está lejos y en tierra de trópico y tambores a la comunidad swinger le basta una rumbeadita cualquiera de reguetón y champeta. O por lo menos eso parece.

El Andrés y yo caminamos tomados de la mano rumbo a la piscina. Nos sentamos en la barra y fumamos un cigarrillo mientras observamos a las primeras parejas teniendo sexo. En vivo. Ante nuestros ojos. No sólo los hombres son mal educados por la pornografía, pienso: ellas también. Las chicas se encuentran estratégicamente situadas para los espectadores. Repiten gestos y gemidos de actrices porno e intentan mostrarse sexys ante cualquier torpe gesto de acrobacia masculina. Conscientes de la mirada de los otros, no se permiten poses que dejen al descubierto los rollos de la barriga ni la celulitis indómita de los muslos. Se ven bellas pero carentes de deseo y se ven ellos, también, más preocupados por la exhibición de su virilidad que por su propio placer. Sin embargo, hacia el fondo, una pareja se besa con ganas auténticas. Me concentro en ellos, los observo sumergirse bajo el agua y volver a salir y los veo a ambos deslizarse sobre el otro con hambre y decisión. Veo la torpeza de la vida real, sin cortes de cámara, sin ángulos perfectos. Con genuina fealdad. Nuestras barreras se van al piso y el Andrés me sugiere entonces que visitemos el baño turco.

Al segundo siguiente de ingresar al baño turco estamos sudando. Todos sudan. A través del vapor vemos pieles sin sexo, manos de hombre, manos de mujer. Muchas piernas entrelazadas. Una mujer le practica sexo oral a un hombre acostado sobre los muros. Las otras parejas están en lo suyo y alcanzamos a escuchar gemidos agonizantes, gritos ahogados con besos y gruñidos que en otro momento nos darían risa. Encontramos un lugar en medio de todos y el Andrés y yo iniciamos nuestro momento. Como en casa. Como si estuviéramos solos, aunque conscientemente animados por la compañía cercana de los otros. En algún momento la mano de una mujer se desliza por mis pechos. La observo. Es la *striptisera* perfecta con su muchacho perfecto. Andrés toma su mano y la devuelve dulcemente a su lugar. Hemos decidido no hacer intercambios por hoy pero agradecemos su avance que abre puertas y nos deja con preguntas.

El resto de la noche fue de desparpajo total. Hicimos el amor en la piscina, ante los ojos de un negro silencioso, ante los ojos de una pareja agotada, ante los ojos de un chico gay que luego reconoció habernos mirado con complacencia y ternura. Hicimos el amor en los cuartos oscuros, aunque cuidándonos de cerrar la puerta ante los avances de algún marido *despachado*. Hicimos el amor de nuevo en la terraza, donde terminamos conversando con una esposa cincuentona, asustada pero aventurera, y una chica bisexual que compartió con nosotros un par de cigarrillos y proezas. Hicimos el amor en medio de otros, cerca de otros, frente a otros, a pesar de los otros, gracias a los otros. Hicimos el amor en casa, donde regresamos chispeantes y felices de haber pasado la prueba y contentos de haber empezado con cautela a cumplir la promesa que nos habíamos hecho un año atrás, cuando decidimos casarnos: *“Yo me caso con vos, Andrés, pero te prometo que no voy a ser la única persona con la que tengás que tirar mientras estemos juntos”*. *“Acepto”*, dijo entonces el Andrés casi en silencio.

“Todos sudan. A través del vapor vemos pieles sin sexo, manos de hombre, manos de mujer. Muchas piernas entrelazadas”

Lo bueno, lo malo y lo peor

Hemos conocido de todo. Mujeres jóvenes, musas de intelectuales viejos. Mujeres complacientes, compañeras de tipos tiránicos. Matrimonios de 20 años con hijos adolescentes. Parejas que llegan a la vida swinger tras una crisis matrimonial o una infidelidad. Varias mujeres bisexuales. Un hombre bisexual. Hombres que quieren ver a su esposa tirándose a la esposa del otro. Hombres solos que se ofrecen para tríos. Mujeres de ojos bajos que intentan aceptar la idea de que su esposo se vaya a la cama con otra. Hombres que negocian la posibilidad de un contacto masculino. Parejas que quieren intercambios estrictamente heterosexuales.

Parejas que quieren ser vistas teniendo sexo, parejas que quieren ver a otros teniendo sexo. Parejas que no quieren ser vistas por su esposo(a) teniendo sexo con otro(a). Gente que ha hecho de todo: tríos y cuartetos, turismo swinger por todo el país, fiestas de cuatro días en el Lago Calima. Parejas que buscan soft swinger (besos y caricias) o full swap (intercambio con coito) y gente que asume la vida swinger como una suerte de secta religiosa, con mandamientos y ritos de iniciación.

Lo bueno: la mayor parte de las parejas son matrimonios de años, que pretendieron vivir toda la vida como una pareja convencional y que empezaron a percibir a tiempo la emergencia de las primeras crisis. La vida swinger apareció entonces como un modo de resolver el estancamiento sexual. La mayor parte de ellos asegura que la terapia funciona y que, aunque a veces se presentan celos y diferencias, en general están contentos con el experimento. En este sentido, a pesar de nuestras críticas, no podemos dejar de reconocer que en el mundo swinger se agita una pequeña, capilar si se quiere, pero no por ello menos importante, transformación de sus trayectorias vitales y de las trayectorias de los que los antecedieron.

Lo malo: el mundo swinger no implica en sí mismo una transformación de las lógicas machistas que han regido socialmente los modos en que nos amamos. En una reunión reciente nos encontramos unas 10 parejas. El ambiente era cálido pero formal, sin luces de discoteca, sin anonimato y con un ligero aire de fiesta de casa. Supongo que inspirados por la atmósfera, la mayor parte de la gente se dedicó más a conversar que a coquetearse. El Andrés y yo ya teníamos en la cabeza la tarea de este artículo, por lo que asistimos excitados por nuestro nuevo papel de reporteros y el miedito que todavía no nos abandona. Todo resultó francamente decepcionante. Por lo general, los encuentros múltiples se producen en bares o fiestas, donde el contacto se establece a través del baile, el licor y la disposición fluida que caracteriza a los cuerpos en la noche caleña. Es difícil reconocer entonces a los sujetos y las ideas que los animan. Uno se guía por otros atractivos, uno no habla tanto,

uno no pregunta mucho. Sin embargo, ya en otras ocasiones, habíamos distinguido algunos signos que nos resultaban incómodos. En primer lugar, las chicas lucían siliconas y lipos bien realizadas, mientras los tipos parecían no preocuparse por el problema de la estética. Mal signo. No la despreocupación de ellos, claro, que nos parece sabrosa y necesaria, sino el énfasis tan fuerte en la estética de las mujeres. Ya sospechábamos en ese momento, como hemos podido comprobar después, que buena parte del mundo swinger opera como un intercambio de esposas más que como un asunto de pieles y parejas. Así, la esposa debe preocuparse por adquirir atributos que la dejen bien situada en el mercado. Para las que nos resistimos a envejecer en la sala de un esteticista o atiborradas de cremas y ungüentos, el mundo swinger puede parecernos una insípida reproducción de lo que viene pasando en esta ciudad desde que ponerse tetas se convirtió en símbolo de estatus (o en la historia, desde que casarse con una bonita o con un rico ha sido señal de prestigio). Un punto a favor: hay muchas como nosotras. Buena parte de las mujeres swinger son cuarentonas bonitas, naturales, con esa sensualidad tan explícita de las mujeres maduras.

Tal vez nuestra mayor incomodidad tenía que ver con la comunidad swinger que se reconoce como tal. Se ubican juntos en las discotecas y lucen botones que los distinguen. Hacen fiestas solo para ellos y se jactan de ser un grupo numerosísimo que no acude a las guías ni a las páginas Web para encontrarse. Al comienzo nos generaron curiosidad, pero una conversación casual con un conocido, miembro de “la comunidad”, terminó por espantarnos. No podría explicar muy bien por qué. Tal vez somos, el Andrés y yo, reacios a cualquier tipo de comunión irracional o a cualquier tipo de causa irreflexiva. Tal vez nos parecieron miembros de una iglesia que alaban al dios swinger o militantes de una causa que desprecia a los que no se le suman. Nos parecieron en extremo convencidos, en extremo entusiasmados. Y bueno, tal vez sea, también, un extremo escepticismo nuestro, tal vez sea el ateísmo que nos hace tan desencantados, pero tanta *cinta* siempre nos ha resultado sospechosa.

No estábamos equivocados. La noche de la reunión, rodeados de diez parejas de lo más extrañas (extrañas por su extrema “normalidad”: abogados y oficinistas, muchachos jóvenes, señoras trajeadas con vestidos de oficina y parejas que habían dejado a los niños con las abuelas), pudimos reconocer a “la comunidad” en el esplendor de su discurso y no en la ruidosa exhibición de sus sexualidades. En principio nos sorprendió el machismo. Ya habíamos antes establecido un código básico para la selección de citas: buscábamos parejas en que ambos estuvieran convencidos de participar de experiencias swinger, pues no queríamos mujeres presionadas por esposos indómitos, ni machitos ansiosos de arrinconar a la esposa del otro. También nos sentíamos más atraídos por parejas en las que ambos se encontraran en igualdad de condiciones económicas, de edades y culturales. Por experiencia, son las mejores. A diferencia de otros swinger, no buscamos gente de “buen” estrato y de “buena” educación, pero siempre nos terminaban tallando las relaciones en las que él es el sujeto poderoso –ya sea por su dinero o por su condición intelectual- y ella la pobre muchacha, por lo general menor, que obedece los deseos de su héroe. Les huíamos. Ellas terminaban pareciéndonos bobas y poco sexys y ellos pedantes y engreídos. O, al revés, ellos se comportaban como tontos adoradores y ellas como diosas mimadas. Además, sospechamos que son malos amantes: hasta en la cama se nota este asunto del poder, hasta en la cama, ahí, en lo más privado, se hacen visibles las consecuencias de la iniquidad.

Y, finalmente, lo peor: en la fiesta aparecieron nuevos signos de machismo que hasta el momento desconocíamos. El primero es el asunto de la resistencia. No es nuevo, claro, eso de que los hombres midan su hombría por la duración de su coito. No sé quién les dijo que durar eternidades prolongaba el placer, pero buena parte de los hombres –y de las mujeres, por supuesto- se comen ese cuento que termina abatiendo sus egos y convirtiendo el acto sexual en una sesión de gimnasia aeróbica. Los swinger también lo creen. Usan

“Buena parte de las mujeres swinger son cuarentonas bonitas, naturales, con esa sensualidad tan explícita de las mujeres maduras.”



cremas retardantes y compiten sutil y explícitamente por el trono del más resistente: *“hay una competencia entre nosotros”*, dijo uno de los participantes que hasta el momento nos parecía de los más jóvenes y de los más liberados. Al instante le di un apretón en el muslo al Andrés, que tomaba distraído su cuarto mojito. Él me devolvió una mirada cómplice. Miré a mi esposo con esas miradas nuevas que a veces, en medio de la cotidianidad y de las cuentas por pagar, nos regalamos los casados para volver a vernos como cuando recién nos conocimos. Me gusta este hombre que lucha contra su propio padre y los padres de sus padres. Me gusta su soltura y el modo en que evade cualquier escena de competencia masculina. Me gustaba su feminidad recién descubierta, su capacidad para olvidarse de las tontas lecciones sexuales que recibió con los amigos de la adolescencia. Me gusta mi esposo y no me gusta la idea de verlo participar de un duelo de penes y frecuencias.

El segundo signo alarmante de machismo fue el de la homofobia. Por casualidad, sin dejar entrever que se trataba de una pregunta periodística, dejé salir un comentario ligero. Hablaba entonces una mujer fascinante, cómica y fácil de palabra, que nos contaba sus experiencias sin recato. *“Ve, pero sigue siendo esto de lo swinger muy un juego de presto mi esposa y me prestás la tuya...”*, le dije.

– Sí, pero entonces, ¿cómo podría ser? – me respondió ella y debo admitir que lancé un aplauso silencioso a su inteligencia.

– No sé, una cosa de cuerpos que se juntan, de gente que reta su propia heterosexualidad y se deja llevar por pieles...

La sala estalló en un murmullo de creciente desaprobación. Andrés se hundió en su puesto con cara de que yo había ido muy lejos. Algunos hicieron chistes. *“Yo, ¿marica?, nunca”*. En la sala se proyectaba una preciosa película pornográfica francesa. Dos chicas delgadas se besaban desnudas sobre un prado que debía picarles en las nalgas. El esposo de la mujer que hablaba tomó la palabra: *“No, nosotros evitamos la bisexualidad (la masculina, debió decir,*

porque la femenina es alentada y perseguida), *claro, hay gente a la que le gusta hacer sus cosas raras, hay quien prefiere hacer cosas con gallinas... pero...”*. Guardé silencio. Quise decirle que tirarse gallinas no era lo mismo que amar a alguien de su mismo sexo. Quise decirle que la literatura médica y antropológica cada vez reconoce que la heterosexualidad plena no existe y que las identidades sexuales son más flexibles de lo que creemos. Quise decirle que en Colombia las uniones homosexuales han conquistado importantes derechos y que en muchas partes del mundo hombres y mujeres se están casando y besándose públicamente en parques por los que transitan niños y ancianos. Pero no dije nada. Me callé porque sin querer había metido al Andrés en una situación incómoda. Todos lo miraban como el *marica del grupo* y los más condescendientes decían que ellos respetaban cualquier inclinación, salvo que el sexo entre hombres era un poco *“brusco”*.

– Pues no sé, yo he visto a mis amigos gays besarse y he visto a hombres amarse y me parece... bonito – dije con el último aliento de valentía que me quedaba.

– Bonito es una palabra marica – me dijo bromeando el hombre del frente, esperando que me riera.

Andrés y yo nos quedamos callados. El tipo nos miró de nuevo y soltó una carcajada. Seguimos en silencio. Entonces le expliqué:

– Lo siento, no nos reímos de chistes machistas, ni sexistas, ni racistas... Uno no sabe a quién puede herir.

Y acto seguido nos despedimos rápidamente de todo el mundo y salimos ofuscados. Con la fiesta, con nosotros, con nuestras complicaciones que, tontas o no, nos marginaban de la comunidad y nos devolvían a la cacería de citas solitarias.

– ¿Viste que hacían chistes de doble sentido?- me dijo el Andrés antes de tomar el taxi.

– Sí, ¿no?...

Comprendí entonces a qué se refería. Los swinger de la fiesta hablaban de sexo en el mismo tono, con el mismo recato disfrazado de morbo, que los de sexualidades menos liberadas. Que la gente del común. Cosa extraña, supongo, porque uno no esperaría que los swinger hablaran seriamente de sexo, como no espera uno que un tipo rumbero hable seriamente de la rumba (de esas cosas sería preferible hablar en tono eminentemente festivo). Pero, en cambio, uno sí esperaría mayor arrojo, mayor desnudez de las palabras, mayor capacidad para decir las cosas por su nombre sin sonrojos. Menos fantasía prefabricada y más gente hábil para narrar sus deseos, sin tener que recurrir a las carcajadas nerviosas de los tímidos.

“Menos fantasía prefabricada y más gente hábil para narrar sus deseos, sin tener que recurrir a las carcajadas nerviosas de los tímidos.”

Encontrándonos

Hace diez meses nos encontramos con una pareja joven en un bar. Tomamos un par de cervezas y conversamos sobre música, sobre la experiencia swinger, sobre nuestros miedos compartidos. El tipo era un muchacho risueño y dulce, que nos tocaba al hablarlos y no temía decirnos que era su primera vez. La muchacha era contestona y alegre. Buena habladora. Como le gustan a Andrés, como me gustan a mí. Terminamos desayunando la mañana siguiente, después de una larga noche de conversación, cervezas y música electrónica. Tuvimos sexo, claro, cada una con su cada uno, aunque lo suficientemente cerca como para mirarnos a los ojos. Nos gustaron ellos. Nos gustaron sus temores y su amor hecho de razones y su verdad tan de la calle, tan de todos los días. Nos despedimos deseándonos de corazón buena fortuna para el futuro que se viene y se despidieron ellos con total abrazo, con la ternura de los que regresan de viaje.

Ya en el carro, despabilados por la mañana fría del domingo, le dije al Andrés en tono romántico:

– Ojalá duren mucho...

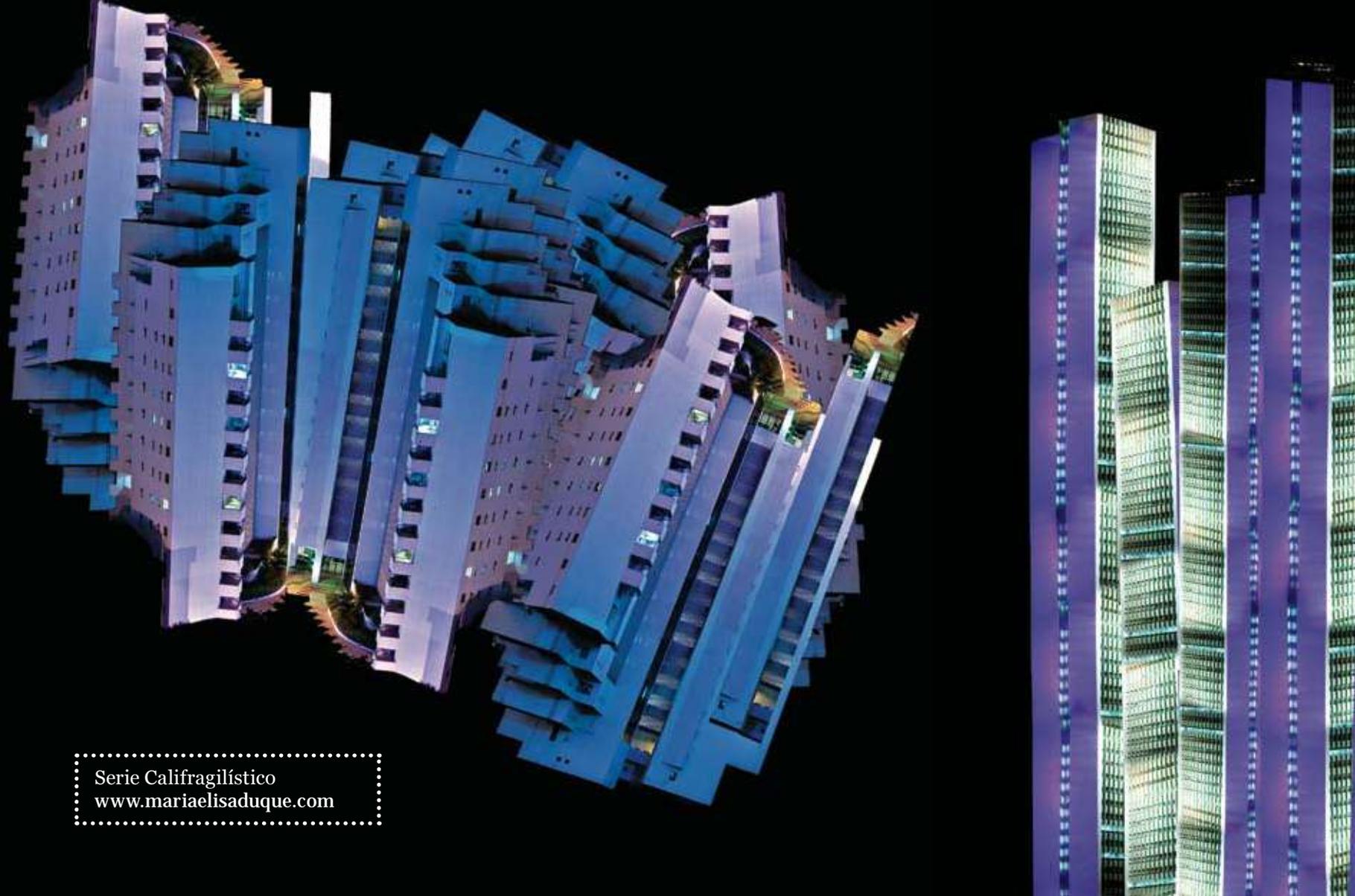
Y el Andrés, siempre sabio, me respondió con una frase concluyente:

– O que la pasen bueno... mientras duren.

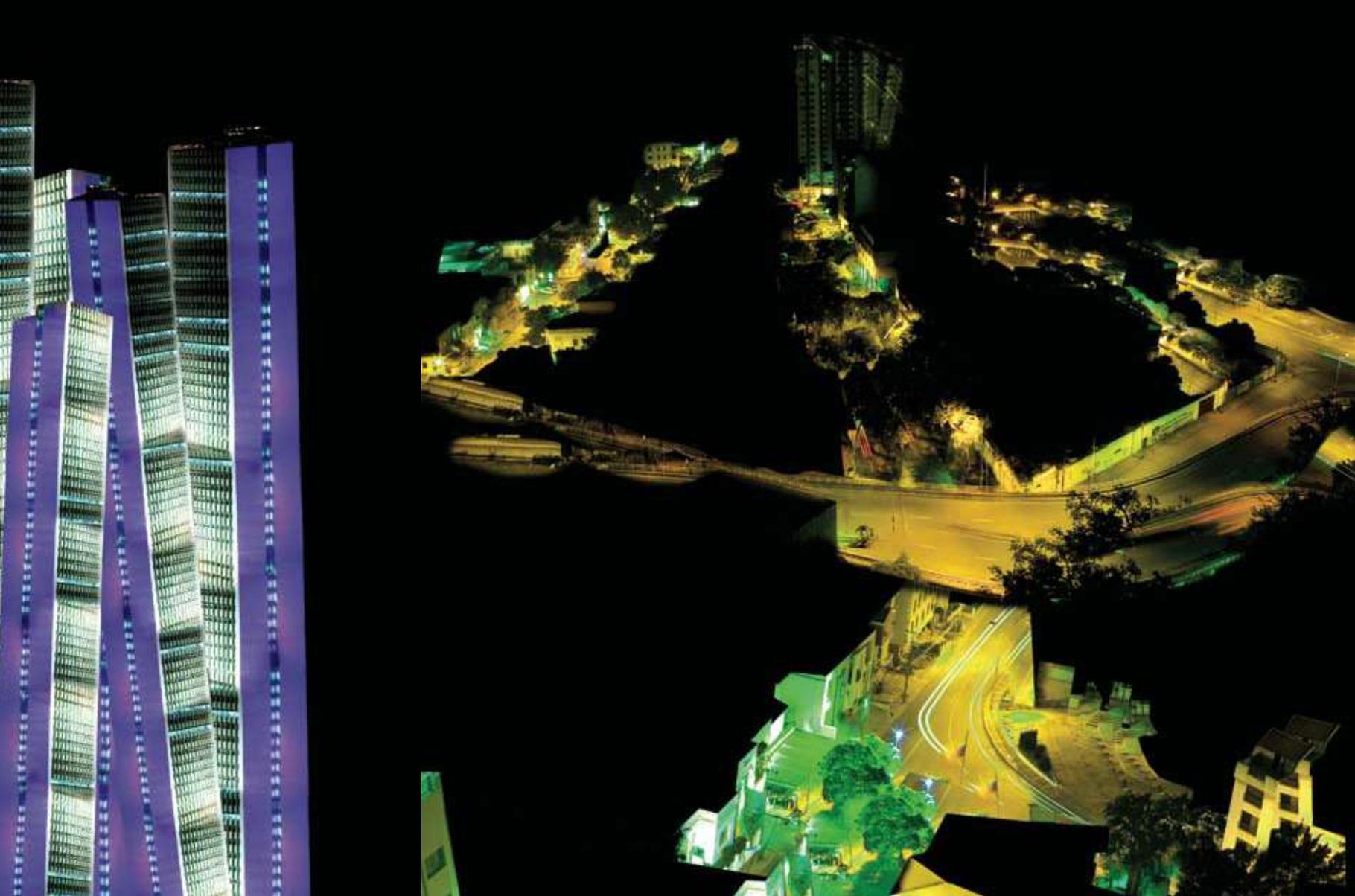
Y entonces le di una despelucada de mano izquierda y nos fuimos los dos, en silencio, rumbo a casa, mirando esperanzados y cursis a cuanta pareja de viejitos pasara por la calle. ✨

*** Los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de sus autores y sus protagonistas.**





Serie Califragilístico
www.mariaelisaduque.com



RECOMENDADOS

BLOGS

PELIS

música

LIBROS

Música · The Gossip
Libros · Cormac McCarthy
Blogs · De blogs entre los blogs
Pelis · El discreto encanto de Wes Anderson

Recomendados
[05]

C90 1

9Δ44A

CORMAC McCARTHY FE 90

2

cine al oido
la petite claudine

60

MES ANDERSON

C90

MÚSICA

Julián Céspedes

Foto · Daniel Boud
www.boudist.com

The Gossip

Esta banda combina algunas de las cosas que más aprecio en la música: una voz potente, como de cantante de soul a la que el amor y la angustia la queman por dentro, la energía simple directa y *amateur* del punk, y ritmos que te ponen a bailar a pesar del tedio del que hablan algunas de sus letras. Su sonido es similar a esa corriente de grupos (Yeah yeah yeahs, Franz Ferdinand, Fratellis, Arctic Monkeys, White Stripes) que han recuperado la estética de la banda de garaje, pero que han temperado la rudeza del punk con la actitud más ligera yailable del New Wave .

Y si la música no es suficiente argumento para que se den una oportunidad de escuchar esta banda, están también los divertidos datos extramusicales y anecdóticos: por ejemplo, su cantante, Beth Ditto, es gordísima y quiere seguir siéndolo, porque simplemente “le encanta comer”.

Beth Ditto

De hecho asegura que Britney Spears le parece “hedionda”, y ¡Ah!, como si fuera poco, en sus conciertos, Ditto baila hasta terminar en ropa interior. ¡Qué viva la buena música, y las mujeres que se sienten sexys!

Ultra recomendado: Su álbum *Standing in the Way of Control*, y la canción del mismo nombre, inspirada por la negativa del gobierno Bush a permitir el matrimonio homosexual en los Estados Unidos.

BLOGS

Margarita Cuéllar

WWW.LAPETITECLAUDINE.COM
WWW.CINEALOIDO.COM

De blogs entre blogs

Navegar la blogosfera puede resultar un tanto frustrante. Supongo que en otros idiomas también habrá mucha basura, pero en general, la calidad de los blogs en español deja mucho que desear. En inglés al menos están los *bloggies* (y los demás premios que se otorgan cada año) que nos sirven para esquivar rincones horrorosos y para depurar el oficio de la navegación y el de la procrastinación.

Con los *bloggers* (dícese de aquellos que escriben blogs) también ocurre que muchos empiezan con fuerza pero sufren muertes lentas, o muertes súbitas, dimitiendo su

contenido en el ciberespacio cual satélites rancios.

A continuación me permito recomendar blogs que han superado el umbral del tiempo, blogs donde sus autores han comprobado que no *bloguean* por chicle sino por vocación.... porque encontrar blogs que ameriten, que perduren, que sean interesantes y que estén bien escritos resulta todo un reto... pero que hay joyas, las hay.

Está por ejemplo, el blog de una nena que, aunque no logro descifrar muy bien quién es, o cómo se gana la vida, me encanta. Su blog se titula *La Petite Claudine* lapetiteclaudine.com, pero que no los despiste su nombre ya que esta pequeña es todo menos tierna. Auto-acusada de ser una señorita melómana, adicta, coleccionista de fetiches, pornófila, geek, periodista, una zorra sin corazón y hasta cinéfila, los escritos de ¿Claudine? rayan desde lo genial hasta lo esquizofrénico. Arte, cine, literatura, política, videojuegos, diseño, tecnología, música, nuevos medios... nada se le escapa a esta nena de ojo incisivo y delicioso.

Para la segunda recomendación me complace poderles ofrecer algo de calidad nacional. Se trata de *Cine al oído* (o cinealoido.com, como prefieran), un blog que sirve como espacio virtual de apoyo a las actividades del programa radial (del mismo nombre) que emite la emisora de la **Universidad Nacional de Colombia**

(UN Radio 100.4 FM, sábados 2 de la tarde) desde hace algo más de dos años. Como su nombre lo indica, *Cine al oído* es un blog de cine. Bueno, es un blog de cine, que habla de sus actores, guionistas, festivales, productores, directores, géneros, películas... etc. Me gusta porque ofrece entrevistas, videos, fotos, chismes, podcasts y escritos de gran calidad. No creo que haya que ser cinéfilo para disfrutar de este espacio ya que su autor, Francisco Cárdenas, un bogotano radicado en Medellín, no se explaya en un lenguaje técnico sino más bien uno sencillo dónde se evidencia un claro goce por escribir, compartir, y hablar de cine.



LIBROS

Gabriel Jaime Alzate

La oscuridad exterior
Cormac McCarthy, DeBolsillo, Barcelona, 2006.

Traducción de Luis Murillo Fort.
216 páginas.

No es el misterio ni la soledad que ronda, es la oscuridad interior, el hecho de ir en pos de nadie-sabe-muy-bien-qué lo que rompe la tranquilidad del paisaje en esta novela de McCarthy. Rinthy, Holme, el hojalatero no son nada sin la persecución, sin la acuciosa búsqueda de algo indefinido que los une sin saberlo. Son la sombra de otros tres que, como una cifra extraña, simbolizan silencio, risa y muerte, semejantes a un emisario que surge de cada rincón del camino. No es el temor a confesar el incesto sino la muerte que cada uno lleva auestas y necesita explicársela a cada instante en el diálogo con los otros: la sed, la falta de cobijo, la carencia de palabras para ir más allá de lo

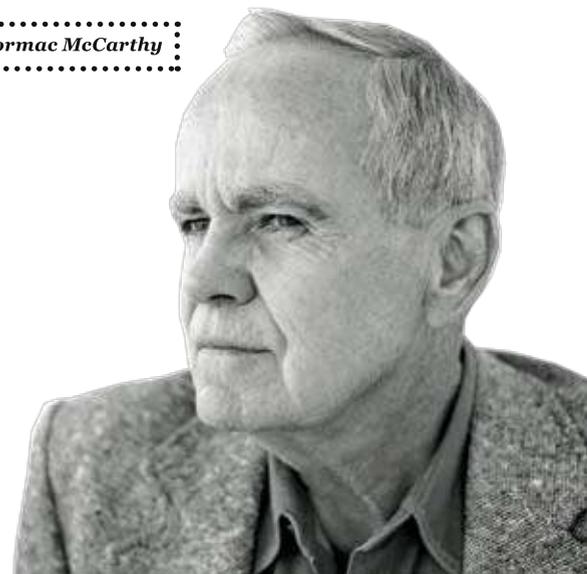
que cada uno es porque saben que nadie vive en ningún lado, y que siempre será una pena ir vagando por ahí... La novela es la precisión de un lenguaje pleno de agresividad, de palabras exactas para definir la miseria y el horror de vivir inmersos en la ola de violencia de cada atardecer mientras deambulan por senderos oscuros, fatigan rencores, sermones llenos de atrocidad y desesperanza.

Suttree
Cormac McCarthy,
DeBolsillo, Barcelona, 2006.
Traducción de Pedro Fontana.
562 páginas.

Uno siente que la indigencia es la independencia total, la ausencia de trabas y de vínculos con los que no son cercanos aunque pisen las mismas calles de Knoxville, Tennessee. Suttree pesca en el río y deja que la corriente acaricie una paz interna construida a punta de adivinar qué puede depararle el día siguiente entre sus hermanos de sangre sean negros o blancos, indios, ciegos, putas u homosexuales, para él son iguales en virtud del hambre y el alcohol, de robos menores, de esperanzas rotas y a la deriva como la basura o los trozos de madera que lleva el

río crecido, como las charlas recogidas al azar en la oscuridad de las calles o en la brillante ilusa luz de los burdeles donde se juntan. Excelsa ralea de mendicantes de la vida que edifica un grito de salud sin remedio, sin tregua, inmersos en una deliciosa irresponsabilidad que los aproxima al más vivo sentimiento de amistad y solidaridad. Como un canto feliz, McCarthy nos entrega estos personajes que no necesitan futuro. Ebrios meticulosos de un presente que alargan sin cesar, con una facilidad pasmosa para el dolor, para el olvido, para la muerte que jamás los asombra.

.....
: Cormac McCarthy :
.....



PELIS

EL DISCRETO ENCANTO DE WES ANDERSON

Hace ya unos años que el cine estadounidense viene siendo refrescado por una ola de cineastas que, poco a poco, ha transformado su panorama. Nombres como Spike Jonze y su guionista Charlie Kaufman, David O. Russell, Sofia Coppola, Paul Thomas Anderson, Jason Reitman, Alexander Payne, Todd Solondz y Wes Anderson, adquieren cada vez más protagonismo y resonancia. Sus películas llevan un sello muy particular y su estilo es fácilmente reconocido por el público que sigue de cerca sus carreras. Entre estos directores, Wes Anderson es el primero en posicionarse como un cineasta de culto, es decir, su obra tiene acogida entre un grupo fiel de seguidores que han hecho de sus películas objeto de devoción. Dentro de esa masa de fieles seguidores me encuentro también yo.



Anderson nació en Texas (lo cual no deja de sorprenderme) e hizo su primera película a los 27 años. ***Bottle Rocket (1996)*** no fue un éxito taquillero pero le garantizó una segunda oportunidad de dirigir y disparó la carrera de los hermanos Owen y Luke Wilson. La peli, una comedia sobre la vida de tres jóvenes tejanos que sueñan con convertirse en grandes criminales, está llena de pequeños momentos que la hacen grande. Luego de ***Bottle Rocket***, vino ***Rushmore (1998)***, a mi modo de ver, una de las mejores películas que hacen referencia al momento en donde se deja atrás la niñez. El guión, que co-escribió con su amigo Owen Wilson, narra la historia de Max Fischer, un adolescente quien, a pesar de ser el editor del periódico del colegio, presidente de la asociación de francés, fundador del grupo de tiro, capitán del grupo de debate, presidente de la asociación de apicultura, vice-presidente del club de coleccionistas de monedas y estampillas, presidente del club de caligrafía, fundador de la sociedad de astronomía, miembro honorario del club de esgrima, conductor del coro, creador de la liga de “ponchao” y director del grupo de teatro, es, según el rector del colegio, el peor estudiante de Rushmore. Su pobre desempeño en las materias del currículo escolar pone en peligro su beca y Max se encuentra al borde de la expulsión. Desafortunadamente, para Max su colegio lo es todo. Después de la muerte de su madre ha encontrado refugio en las actividades escolares, pero, pese a sus intentos por salir adelante, no parece lograr su cometido.

Lo más bello de Anderson son sus detalles de fina coquetería y en ***Rushmore*** abundan. La película es una exquisita sátira a la sociedad; sus torpes reglas, sus divisiones sociales, y su sistema tradicional de educación. Su humor y estilo me hacen pensar en el clásico filme de Jean Vigo, ***Cero en conducta (Zéro de conduite: Jeune diables au collège, 1933)***, sólo que a diferencia de los héroes de Vigo, Max hace todo lo posible por adaptarse y formar parte de un sistema que parece no tener interés en recibirlo.

Su tercera película, ***Los excéntricos Tenenbaums (The Royal Tenenbaums, 2001)***, cuenta la historia de Royal Tenenbaum (Gene Hackman), su esposa Ehteline (Anjelica Huston) y sus tres hijos: Chas (Ben Stiller), un genio de las finanzas que logra amasar una gran fortuna a escasos doce años, Margot (Gwyneth Paltrow), hija adoptiva y talentosa dramaturga, y Richie (Luke Wilson), campeón mundial de tenis y ganador del torneo nacional americano tres veces consecutivas. A pesar de la genialidad de los Tenenbaum toda memoria de sus éxitos ha sido borrada tras la decepción, el abandono y las mentiras de su padre. Al igual que ***Rushmore***, los personajes de ***Los excéntricos Tenenbaums*** son unos genios con grandes problemas de adaptación. La película, sin embargo, no habla de la necesidad de pertenecer, sino que se enfoca en la tristeza y la nostalgia de una familia rota que lucha por mantenerse a flote y recuperar un pasado feliz que en realidad nunca existió. Acompañada de los sonidos de los ***Rolling Stones***, ***Van Morrison***, ***Ramones***, y ***The Velvet Underground***, ***Los excéntricos Tenenbaums*** está llena de momentos preciosos en los que Anderson logra condensar una enorme cantidad de información. Los personajes son definidos tanto por sus acciones como por los detalles que los rodean, la ropa que usan, sus habitaciones, la música que los acompaña



cuando aparecen en escena y la manera como la cámara responde a sus movimientos.

En *Los excéntricos Tenenbaums* Anderson se remonta a un mundo de discos rayados y juguetes olvidados: el mundo de la casa materna. Aunque la casa, lugar donde se centra la mayor parte de la acción, siempre está colmada de gente (incluyendo la presencia del padre que ha vuelto buscando retomar su posición dentro de la familia), los personajes están sumergidos en una soledad abrumadora. A pesar del humor, el sentimiento que prevalece en la película es el de la melancolía, al decir del memorable personaje Pantaleón Pantoja de Vargas Llosa: “un sentimiento de globo reventado, de película que acaba, de tristeza que de pronto mete gol”.

Vida acuática (*The Life Aquatic with Steve Zissou, 2004*), su cuarto filme, cuenta la vida de Steve Zissou, un reconocido explorador y científico marino que sufre una crisis nerviosa a causa de la muerte trágica de su mentor y compañero Esteban du Plantier. Plantier muere en boca de un tiburón de especie desconocida y Zissou, en contra de la comunidad científica que duda de la existencia del animal, emprende una misión cuyo propósito es encontrar, registrar en cámara y asesinar al verdugo de su compañero. Su viaje sufre calamidades tan divertidas como absurdas. El equipo a bordo del Belafonte está conformado por su esposa Eleanor (Anjelica Huston), Ned Plimpton (Owen Wilson) un copiloto que puede o no ser hijo de Zissou, Jane (Cate Blanchett) una periodista embarazada, y los miembros de la tripulación, entre ellos Klaus Daimler, un buzo esquizofrénico encarnado por Willem Dafoe. Como ya es costumbre, *Vida acuática* está acompañada por los arreglos musicales del súper talentoso Mark Mothersbaugh (quien lo ha acompañado durante toda su carrera) y los sonidos de Rock clásico, en este caso, las canciones de David Bowie.

El personaje de Zissou es una parodia al explorador Jacques Cousteau. Viniendo de Anderson la apuesta parece extraña ya que

“Luego de *Bottle Rocket*, vino *Rushmore* (1998), a mi modo de ver, una de las mejores películas que hacen referencia al momento en donde se deja atrás la niñez”

en los filmes en los que ha hecho alusión al legado de Cousteau, Anderson ha revelado su gran admiración y su nostalgia por el romántico mundo de infancia que su sólo recuerdo evoca. Para quienes coincidimos en admirar/romantizar las expediciones de Cousteau, encontrarse con una película que se burla de su imagen resulta problemático. Es obvio que el Belafonte es el Calypso, y que el petulante Zissou, es el mismo Cousteau.

La posición de Anderson me obligó a revisar las obras completas de Cousteau donde encontré que ciertamente el héroe de infancia no es más que un francés con ínfulas de conquistador. Corroboré la genialidad de Anderson y entendí que su Zissou responde a esa mezcla entre la admiración inocente de la mirada de un niño que sueña con expediciones a tierras lejanas y el desencanto del adulto que entiende lo patético del ego que las motiva.

Su última película, *Viaje a Darjeeling* (*The Darjeeling Limited, 2007*), no podría ser acusada de ser una buena película, pero es tan elegante que resulta difícil no sucumbir ante su derroche visual. Desde el papel de colgadura de los vagones del tren hasta los desiertos por los que atraviesan los personajes, la película esta llena de texturas que parecen salirse de la pantalla. Es rica en colores que parecen transformarse en olores y sabores. Pero justamente es aquí donde falla; es tan TAN que resulta empalagosa. Sin embargo, con Anderson me pasa algo que me pasaba con

Woody Allen a mediados de los años noventa: estoy dispuesta a perdonarle mucho y no pierdo la esperanza de que su cine vuelva a ver días mejores.

El tema con la obra de Wes Anderson es que no tiene punto medio: o se la aprecia o se la detesta. Muchos han expresado desconcierto ante su sensibilidad como cineasta. Lo cierto es que lo que hace a Anderson especial es precisamente aquello que lo hace difícil; en su obra prevalece la sensación de que proviene de un lugar muy privado, de alguien que ha crecido en una sociedad amable pero reprimida, y de alguien que desde niño ha aprendido a enmascarar sus verdaderas emociones. Lo más conmovedor de Anderson es que ama y entiende a sus personajes; los ama sin tenerles lástima por la soledad en la que viven. Sus personajes me recuerdan a las ilustraciones de *El Principito* donde cada persona habita un universo distinto, particular, muy propio pero a la vez muy solo. Hay un momento precioso en *Rushmore* donde Max le pregunta a su nueva amiga, la profesora Cross, sobre los motivos que la llevaron a trabajar en Rushmore. Mrs. Cross le responde que su esposo estudió en Rushmore, lo cual toma a Max por sorpresa y necesita de unos segundos para reponerse. “No sabía que estuviera casada”, le dice. Ella toma una bocanada de aire y le responde, sin voltearse a mirarlo, que su esposo falleció y que técnicamente ella ya no lo está. Segundos de silencio. Max sube la mirada y buscando sus ojos le confiesa que su madre también esta muerta. Ella levanta la cara, lo mira y le dice cuanto lo siente. Max le responde que ella murió cuando el tenía siete años y que ya se acostumbro a su ausencia. Todo esto lo captura la cámara con sus personajes parados detrás de una pecera ubicada dentro de un salón de clases de primaria, atiborrado de dibujos infantiles, abecedarios y colgandijos. Yo me derrito. Amo la manera como Anderson despoja de emoción un momento en el que uno intuye hay tanto dolor. Es un momento muy sutil que puede perderse dentro de los miles de momentos de *Rushmore* o dentro de los

miles de momentos de todas sus películas.

Sin embargo, son momentos como estos los que hacen de su obra algo tan íntimo y especial. Es justamente la intimidad que Anderson logra establecer con sus personajes lo que me atrae de su obra y lo que me hace sentirlo cerca. He identificado que algo similar a lo que me ocurre con Wes Anderson me pasa cuando escucho a los *Beastie Boys*, me emociono y no puedo dejar de pensar en lo rico que sería ser su amiga, hablar de cine, invitarlo a un café.... porque participar de sus mundos, de sus personajes y de la música que los rodea es una experiencia absolutamente deliciosa.

Se la recomiendo.

Margarita Cuéllar Barona

Margarita es profesora de cine y narración audiovisual en la Universidad Icesi. Trabajó en distribución de cine y en la producción y programación de festivales de cine al aire libre. Recientemente mas conocida como la mamá de Rosa, Margarita es coleccionista de salsa, navegadora incansable de la web y es amante de Johnny, Luchino Visconti, Zinedine Zidane, Chet Baker, Marc Jacobs, Tony Soprano, Nick Hornby, Souther Salazar, Chrissie Hyde, Angel Canales, Rinke Dijkstra, Lee Scratch Perry, Aimee Mann, y Wes Anderson.

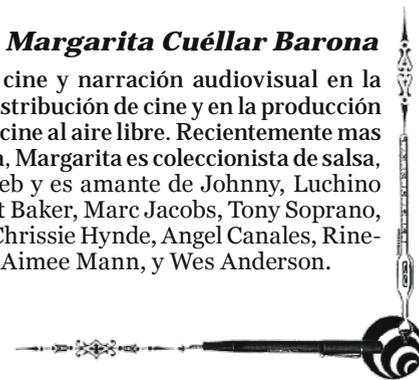


Ilustración de Wes Anderson · Marci Washington · www.marciwashington.com
Ilustración de Zissou · Jean Paul Egred · park-squirrel.deviantart.com

OTRA CITA DE AMOR

Entreacto
[04]



Comenzó por el gran baúl, organizando en pequeñas cajas un tejido octogenario de fotografías, cartas, recortes de periódico y memorias familiares.

Luego limpió la cocina, arregló su armario, guardó los libros de la biblioteca, las partituras del piano, los discos y la colección de afiches de su hijo Jorge Iván. Con los ojos humedecidos, repasó pacientemente el poemario de Clarita y algunos diarios de guerra de su difunto esposo. La vida se le evaporaba cada milésima de segundo y los únicos testigos eran esos recipientes de cartón.

A las seis de la tarde, después de concluir sus asuntos, Débora de Ospina redactó una nota a sus hijos en la máquina de escribir. Luego, cuando supo que faltaba muy poco, que su hora cero se aproximaba, apagó las luces de la casa, se sentó en el sofá, y con una última sonrisa, abrió una botella de vino guardada para la ocasión.

El general Ospina, no tardó mucho tiempo en llegar. Solo tuvo que cabalgar desde el lejano inframundo para cumplir su prometido rescate y recuperar el tesoro de su alma, perdido en una lucha contra el cáncer tres años atrás.

Chagas Mazza

Ilustración · Jose Guadalupe Posada

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Una nueva forma de ver





Derecho



Ciencia
Política



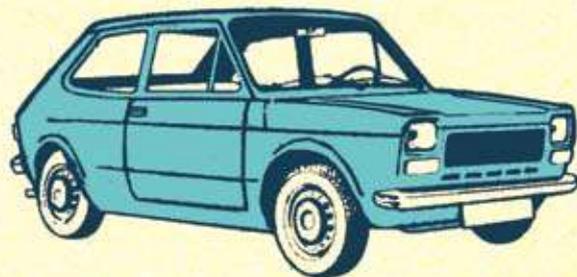
Psicología





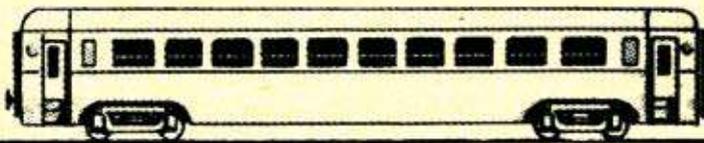
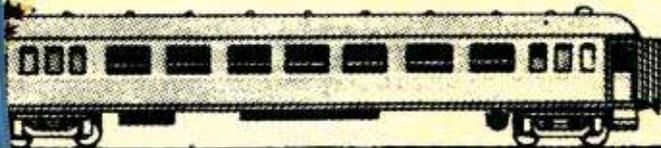
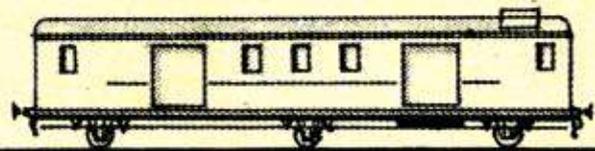
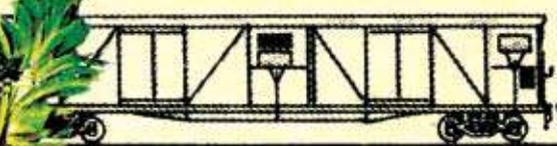
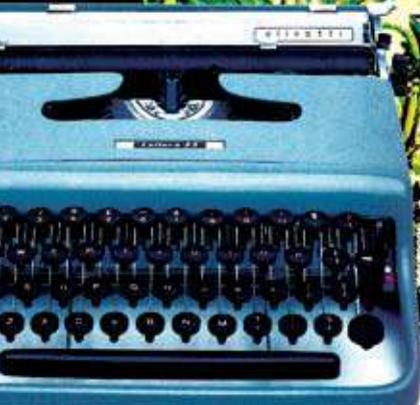
FICCIÓN

TEATRO



de

VARIEDADES





EL MUNDO SEGÚN CASCIARI

Hernán Casciari

Leí una vez que la Argentina no es mejor ni peor que España, sólo más joven. Me gustó esa teoría y entonces inventé un truco para descubrir la edad de los países basándome en el “sistema perro”.

Desde chicos nos explicaron que para saber si un perro era joven o viejo había que multiplicar su edad biológica por 7. En el caso de los países hay que dividir su edad histórica entre 14 para saber su correspondencia humana.

¿Confuso?

En este artículo pongo algunos ejemplos reveladores.

Argentina nació en 1816, por lo tanto ya tiene 190 años. Si lo dividimos entre 14, Argentina tiene “humanamente” alrededor de 13 años y medio, o sea, está en la edad del pavo.

Hernán Casciari

Hernán Casciari nació en Mercedes (Buenos Aires), el 16 de marzo de 1971. Escritor y periodista argentino. Se le conoce por su trabajo de ficción en Internet, donde ha trabajado en el campo de la blognovela (la unión entre literatura y el blog).

<http://orsai.es/>



Jean Paul Egred

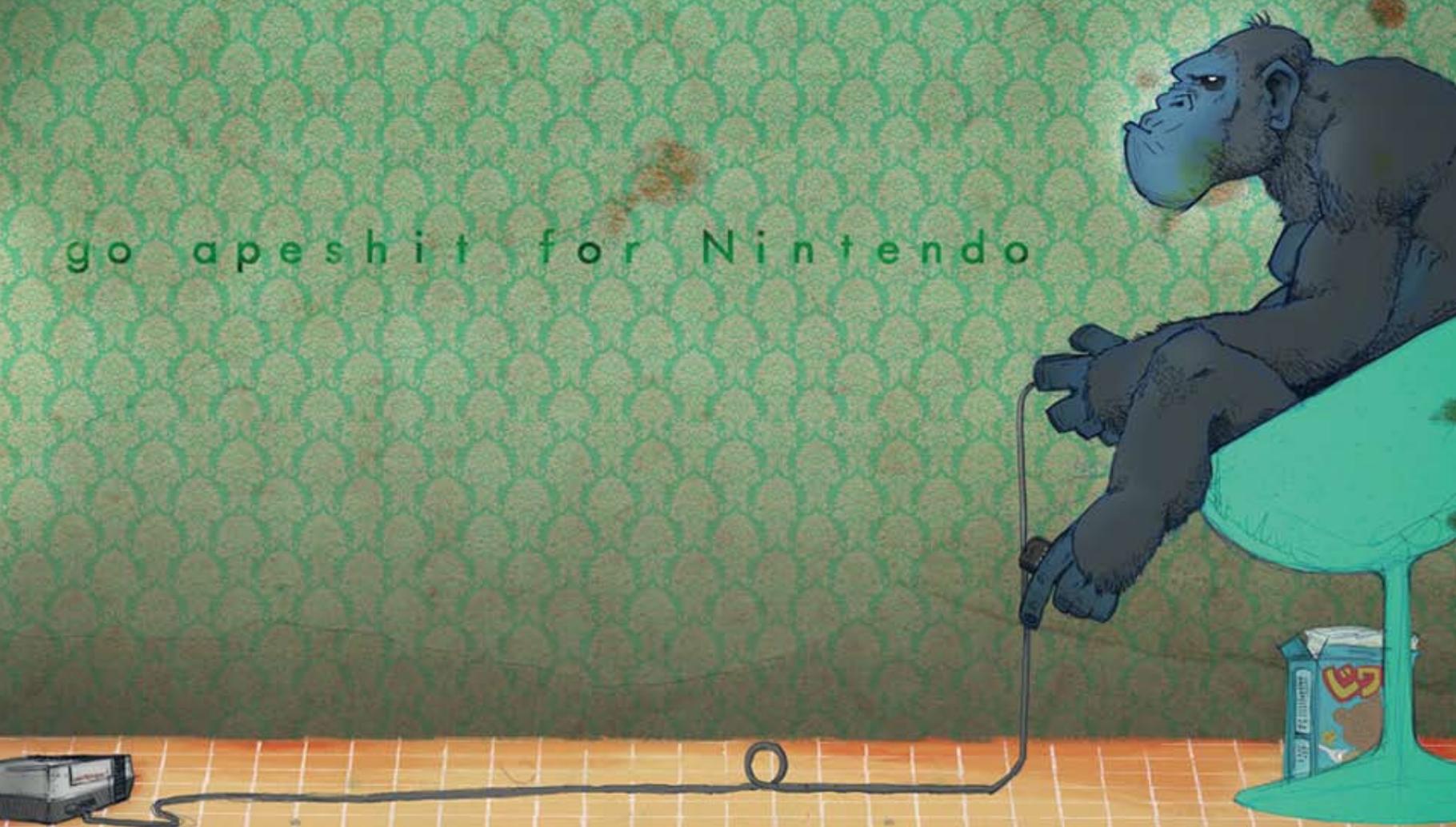
Pöl (Jean Paul Egred) nació en una casa en la playa de Normandía donde fue criado por sus padres hasta los 6 años, edad en la que huyó de su casa para irse a vivir a una habitación en una fábrica de cubos rubik al norte de Estocolmo. Sobrevivió 9 largos años comiendo pan de avena y jugo de manzana. A los 15 fue reclutado por un ejército de break dancers judíos y 4 albinos quienes le enseñaron todo lo que hoy sabe; desde las artes del shinkuu-hadouken hasta la receta de la popular shakshuka.

***Estudiante de Diseño
Industrial de la Universidad Icesi***

***www.myspace.com/mondei - MONDEI!
park-squirrel.deviantart.com***



go apeshit for Nintendo





CRUCES DEL CARIBE

Inge Helena Valencia

Almorzábamos donde Pauline cuando de pronto paso un avión caza gringo. Una, dos veces, después otro, después el helicóptero. Nos miramos. Puffy se levantó, cogió las llaves de la lancha, un tanque de gasolina cargado, y al puerto. Una palabra en los ojos no verbalizada: "cruce".

Dos semanas antes una lancha había caído en frente de la casa de Ben, y muchas personas habían logrado llevarse una parte de la mercancía. Desde entonces cada vez que se veía o sentía algo, todo el mundo corría, sin decir nada, porque puede que en una de esas se encuentre el billete o la merca, y si todo va bien, se puede hacer la venta. Nosotros corrimos con curiosidad de saber que estaba pasando y claro, con la esperanza de encontrar algo. Cuando llegamos a Santa Catalina la tomba ya había entrado y sonaban disparos así que esperamos. Poco a poco los disparos se fueron acercando, hasta que llegaron donde nosotros los tiras de la isla vestidos de turistas (que todo el mundo sabe que son tiras) y nos sacaron.

Los del cruce eran dos pelados y los había pillado un avión. La gente dice que en el mar los aviones patrullan constantemente y que a veces, si hay una lancha sospechosa se acercan y toman fotos. Si la pillan, llaman el helicóptero y ahí... si se está cerca de tierra se hace la carrera. La cuestión es: o fuga inminente o cogida inmediata. Y eso fue lo que hicieron los pelados, agarrar sus cosas, correr a Santa Catalina y meterse isla adentro. La lancha quedó encallada en la playa con el motor prendido, nosotros a unos metros, con ganas de ver si había algo y justo al lado, un tira que insistía en que teníamos que retirarnos. A los pelados no los pudieron coger y tres horas después de la pasada del primer avión todo el mundo se preguntaba la manera en la que podrían salir, sabiendo que a esa hora ya las islas estaban militarizadas, que el ejército y la policía estaban requisando a quiénes estuvieran por ahí y que además, la armada estaba cayéndole a todos los que estaban en el agua, así estuvieran pescando.

Santa Catalina y Providencia están separadas por un estrecho canal y unidas por el puente de los enamorados. A nado, el paso del canal es fácil, pero hacerlo es como boleta y más por la noche. Si los pelados iban a salir no lo harían por ahí. Por eso, después de un rato y sabiendo que a la luz del día no pasaría nada, toda la gente se dispersó. Nosotros también nos abrimos y en la noche fuimos al concierto del novio de Sahany en la discoteca de Old Town. Para volver a casa, yo debía cruzar el puente, así que en la madrugada Sahany me dejó en la cabecera y quedamos en vernos al otro día.

El puente. 3 am. En las tablas del puente estaban los dedos de las manos de alguien, agarrándose silenciosamente, desplazándose de tabla en tabla para cruzar de Santa Catalina a Providencia. Pensé en el cruce, los pelados escondidos, las alternativas para escapar y sin detenerme, continué mi camino. Dos días después regrese a San Andrés y supe que los pelados habían podido entrar a Providencia sin ningún problema, donde seguramente estarían a la espera de un próximo cruce.



Hoy en nuestras islas, esas que reivindicamos como nuestras con un nacionalismo trasnochado, muchos jóvenes se aventuran a hacer cruces o trips, como comúnmente son conocidos los viajes realizados en lanchas rápidas ligados a actividades ilícitas. En estos viajes se transportan “mercancías” que desafían la política antinarcóticos y de seguridad de nuestro país y de los países vecinos. Sin embargo, muchos de los jóvenes dedicados a hacer cruces no son propietarios ni de las mercancías, ni de las embarcaciones y mucho menos del negocio.

Las elevadas remuneraciones que generan este tipo de trabajos, sumado a la difícil situación económica en que esta sumergido el Archipiélago de San Andrés y Providencia desde hace algunos años, hace que los jóvenes, cada vez más, decidan vincularse a este tipo de negocios. El dinero llega de vuelta a las islas, pero muchos jóvenes no. Algunos mueren y una gran cantidad son detenidos en cárceles de EEUU, México y Centro América. El número de

desaparecidos y prisioneros aumenta de manera preocupante y aunque no hay cifras oficiales al respecto, el dolor familiar y la ruptura del tejido social se hacen manifiestos en el día a día: madres que ahora son cabeza de familia, novias y hermanas que con incertidumbre esperan o lloran la pérdida de sus hombres. A pesar del riesgo, de la muerte, o lo que puede significar afrontar una condena de 20 años en cárceles extranjeras, hay quienes dedican su vida a seguir coronando bien sea por el prestigio o por la promesa de una alta remuneración.

Antes de abordar la proliferación de los cruces o el por qué los jóvenes deciden dedicarse a actividades ilegales, valdría la pena preguntarse por las condiciones que los propician y que han permitido que un cruce hoy sea más rentable que otras actividades económicas propias del contexto isleño como la pesca o la agricultura. La respuesta pareciera obvia pero en el fondo vemos una serie de relaciones ligadas a modelos económicos de acumulación que se articulan en complejas relaciones globales y locales. En los últimos cincuenta años San Andrés ha vivido la implantación de modelos exógenos a sus propias dinámicas productivas. Sea el caso del Puerto Libre que desde la década de los cincuenta posibilitó la compra de mercancías libres de impuestos, o del turismo a gran escala, ese “todo incluido” por el que muchos conocemos San Andrés. Estos modelos transformaron fuertemente a la isla, sus actividades económicas y productivas y lo más importante las relaciones entre las personas: quiénes vivían allí y quiénes llegaron para quedarse en busca de un futuro mejor.

Con el desarrollo del comercio y la aparente consolidación del turismo, los habitantes nativos



del Archipiélago tuvieron que adaptarse a grandes cambios, desde dejar de hablar la propia lengua para comenzar a hablar español, hasta adaptarse al trabajo en esas nuevas actividades, abandonando las propias como la agricultura y la pesca, porque estas en gran medida perdieron su rentabilidad. Pero ojo, las actividades comerciales fueron monopolizadas por unas minorías de fuera de la isla que excluyeron a la mayoría de la población, tanto la que era de allí, como la que llegó para quedarse. Mientras muchas personas llegaron en busca del “sueño san andresano” la isla comenzó a sobrepoblarse y a sufrir un fuerte deterioro ambiental, que sumado a la inequitativa distribución de los recursos, sumergió a la isla en una profunda depresión que lleva al menos unos 15 años.

“Todo tiempo pasado fue mejor”, pareciera ser la frase que ronda en la memoria reciente de las diferentes personas que hoy habitan las islas. La cosa es que en medio de esta crisis económica y frente a un reducido panorama de oferta laboral muchas personas han buscado alternativas para hacerle frente a estas circunstancias. Por eso no es gratuito que la proliferación de los cruces haya llegado en momentos de crisis económica, o que hoy por hoy los jóvenes prefieran hacer un cruce antes que vincularse a una industria hotelera que, en el mayor de los casos, los explota y margina de su propia sociedad.

También vale la pena recordar que buscar alternativas, inventarse cómo solventar el día a día o salirle al paso a las circunstancias en contextos marginales, a pesar de no ser algo nuevo, si tiene algunas particularidades propias al contexto Caribe. Recordemos que la historia y la región en el que están inscritas nuestras islas ha estado marcado por más de cuatro siglos de presencia colonial europea donde además muchas poblaciones fueron dominadas y esclavizadas a través de la labor extractiva de empresas económicas -que como la plantación- permitieron que el capitalismo surgiera.

Pero en medio de la dominación, la represión y la marginalidad propia de un contexto colonial se hace necesario inventar estrategias para resistir, soportar o desestabilizar el orden. Sino ¿cómo explicar la presencia de piratas, filibusteros y contrabandistas muy propios de este lugar a la par de lugares “liberados” de toda autoridad colonial como los palenques y las rochelas? Si desde el siglo XVII existieron circuitos para fortalecer el intercambio entre Europa, África, América y cuidar las mercancías y las rutas que vieron nacer al capitalismo, también existieron quienes decidieron burlarlas y robarlas de muchas formas como táctica para debilitar al enemigo o como una estrategia de sobrevivencia socio-económica que en otras palabras también significa salirle al paso a las circunstancias. Sin tener una respuesta certera vemos que en el fondo el modelo persiste: si el comercio triangular vio nacer la piratería del siglo XVII hoy, bajo los designios de esta globalización se denuncia la existencia del narcotráfico y el contrabando. Se continúa con el movimiento de grandes influjos de dinero y de costosas mercancías: ya no azúcar o tabaco, sino armas y drogas, que permiten que las actividades y trabajos más riesgosos de unos acumulen para beneficio de otros. Los piratas de hoy burlan otro imperio y contrabandean otras mercancías para, entre otras cosas, hacerle frente a la de depresión económica propia de la región y también de presión porque querámoslo o no, éste sistema también nos devora en la invitación al consumo y al despilfarro. Y vale la pena decirlo, porque muchas veces estos cruces no se hacen solamente para tener qué comer o dónde vivir, sino para tener ropa muy exclusiva

para vestir o bienes suntuosos que exhibir. Los cruces, así como la piratería, pueden ser vistos como parte de esas estrategias para salirle al paso a las circunstancias, no solo frente a las dificultades económicas, sino también a situaciones de marginalidad, discriminación y esclavización que han caracterizado este lugar en sus más de cuatro siglos de presencia colonial. Podríamos decir que en el Caribe, frente a las instituciones, al deber ser de la legalidad y la oficialidad, existe otro registro que niega lo sistemático y afirma el desorden adquiriendo tintes de ilegalidad. Sino entonces cómo explicar las figuras que le hacen frente a ese mundo adverso impuesto por el colonial ruler. Como diría el sociólogo y caribeñista Pacho Avella: “En el caribe el que busca pensarse lo hace jugando las reglas, o haciéndole el quite a ellas, jugándose la vida a cada instante, tiro a tiro, golpe a golpe como Pedro Navajas...” El Caribe huele a mar y sal, suena a salsa, reggae, reggaeton, calypso y ska, habla creole, patois y papiamentu desde una oralidad cómplice, que se mantiene frente al paso de los años y la oficialidad de los códigos escritos. Allí conviven el catolicismo, el protestantismo, el hinduismo y el Islam, junto a la santería, la obeah y el vudú. También encontramos la pobreza y la riqueza extrema frente a la difusa relación de lo legal y lo ilegal que evidencian lo intenso de sus contrastes. Contrastes que se reafirman en las dinámicas propias de esta globalización pero que también tienen raíz en una de las experiencias más desastrosas de la humanidad: esclavizar a las personas y considerarlas una mercancía en pos del funcionamiento de una gran máquina extractiva capitalista.

Inge Helena Valencia

Inge Helena Valencia, más conocida como “chingue”, es profesora de antropología egresada de la Universidad Nacional de Bogotá. Rola de las que se lucen con perlas como “oiga chino” o “uy si como no”, Inge Helena llegó a Cali vía Francia, donde vivió por unos años cursando estudios doctorales y donde se destacó por sus habilidades como mesera, *bartender* y albañil, entre otras cosas.

Fotografías:

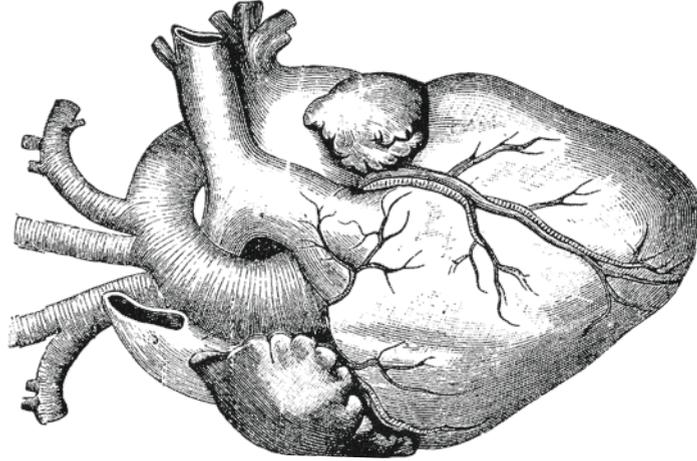
David Rodriguez

noyereve.deviantart.com

Estudiante de Diseño Gráfico de la Universidad Nacional de Colombia, dedicado a la fotografía desde 2006.

A SU MANERA

JUAN DAVID CORREA



Rosa vino a decirme lo que ya sabía: que nuestro corto noviazgo había terminado. Lo supe desde la noche en que le dije que la odiaba. Lo supe al amanecer cuando empacó sus cosas en la maleta negra que usaba cada vez que dormía en mi casa. No quise que me diera explicaciones. Miré el ardo del bombillo y vi a una polilla revoloteando. Le dije lo que quería oír. A las mujeres siempre les gusta que uno se compadezca. Es una manera de afirmarse en el mundo. De sentir que tienen el control. Fumamos un cigarrillo sobre el sofá rojo. Ninguno de los dos lloró ni se quejó. El silencio se instaló entre los dos. Pasaron dos minutos. Me levanté, le di un beso en la frente y fui hasta mi cuarto en donde me estiré sobre la cama. Unos segundos después oí la puerta cerrarse. Todo terminó, me dije, expirando, como si quisiera contener el dolor en una bocanada. No era posible, así que para no caer en el patetismo de llorar por alguien a quien apenas presentía, encendí el televisor y me distraje con la BBC que transmitía un debate sobre la muerte de una estudiante de bachillerato en Sheffield.

Amanecí con el sonido del televisor tronándome

en la cabeza. Esta es la nueva vida, pensé tras comprobar que una vez más estaba solo. El teléfono sonó. Su voz provenía de algún pozo profundo. La escuché decirme te odio. Colgué. Fui hasta la nevera y abrí un yogurt de melocotón. La baba lechosa me produjo un buen efecto. Algo comenzaba a conciliarse dentro de mí. Como si después de haber dejado a Nidia y de comprender el corto noviazgo con Rosa y de acabarlo, como ahora estaba sucediendo, mi mundo comenzara a encontrar un orden ansiado. Se me ocurrió pensar que Alberto tenía razón: al caos hay que sumarle más caos, cuando ya la esfera está llena de desorden todo explota y vuelve a encontrar su lugar.

Rosa estuvo seis meses a mi lado. Fueron seis meses caóticos. Rosa era bella aunque inestable. Tenía las pestañas largas y los ojos negros. Los entornaba y en ese movimiento me hacía ver que ella tenía una fuerza que me superaba por mucho. A su lado siempre me sentí pusilánime. Por eso, ese domingo, tomando yogur y viendo a las palomas cagar sobre el alero de mi ventana, comenzaba a sentir bienestar. Un bienestar que duró poco. El lunes llegué al trabajo y Clara me entregó un sobre que contenía las siguientes palabras: “no sabes con quién te metiste, ahora vas a sufrir”. De inmediato bajé los cuatro pisos y le pregunté a Clara quién diablos había dejado el sobre. Un muchacho, me respondió. Un muchacho cómo? Le pregunté.

Un mensajero, tenía casco y chaleco amarillo y no se quitó el casco. Me sudó la sien.

Todo el día no hice otra cosa que mirar por la ventana hacia el parqueadero.

El director me llamó como a las cinco para preguntarme sobre las fechas de cierre. Habíamos un rato. Está raro, me dijo. Si, terminé con Rosa. El director conocía a Rosa pues había trabajado para él antes que yo. ¿Y esa vaina? Lo de siempre. Hágale Ángel, arranque y mañana hablamos del cierre. Salí de la oficina. Hubiera querido decirle que tenía miedo y que el problema no era haber acabado con Rosa sino una maldita amenaza dejada por un hombre anónimo en la portería. Caminé un buen rato por el parque El Virrey. En la autopista me senté en un banco. Anochece. Bogotá siempre me ha parecido una ciudad o muy bonita o muy fea. Me pareció más fea que de costumbre. Quise pensar en los días en

que aún mamá estaba viva. Hubiera podido ir a contarle lo que me ocurría. Una mujer me amenaza, le diría. Ella se sentaría tratando de parecer imperturbable, pero en el fondo de sus consejos yo adivinaría lo que siempre había pensado: me creía un incapaz. No incapaz para trabajar: un incapaz para vivir sin pánico. Ella sabía que cada tanto yo estaría allí, sentado a su lado, para pedir consuelo por algún desequilibrio emocional. En el fondo los dos sabíamos que cuando muriera, una parte de mí no podría flotar con naturalidad. Tenía un fallo en uno de los remos y el bote siempre estaría a punto de naufragar. Anocheció.

Me levanté del banco y eché a andar hacia la casa de mamá. Quería llamar a Rosa y pedirle una explicación. Me sentía amenazado por su carta. No dudaba ni un segundo que era su manera de hacerme sentir inerme. Ella había aprendido a conocerme en las noches en que yo salía corriendo por calles para evitar verla en la felicidad de las fiestas. No sé por qué me atacaban los celos. Tampoco porque echaba a correr como un poseo. Terminaba al otro día destrozado, con el corazón latiéndome despacio, como un balón gastado lleno de agua. Era lunes y las calles comenzaban a estar vacías a eso de las ocho. No sabía adónde ir ni qué hacer. Era un moscardón encerrado en un frasco vacío. Me daba contra las paredes al recordar la nota.

Rosa no dejó la nota. Eso fue lo que me dijo al no soportar el zumbido e ir hasta su casa a eso de las diez de la noche. Estaba acostada leyendo *El corazón es un cazador solitario* de Carson McCullers. Intenté recordar algo de la trama.

Sólo aparecían unos caballos. Un bar. Un tono decididamente escueto. Me senté a su lado y le pedí una explicación. Ángel, estás chiflado. Sería incapaz. No seas tonto, dame un abrazo. Volví a sentirme parte del mundo del que había sido expulsado con una nota. Sentí calor y me recosté a su lado. Quise creer que todo volvería a la normalidad. Y así fue. Despertamos e hicimos el amor y nos miramos con ojos de no querernos separar nunca más. Cuando ella se encerró en el baño a cantarrear alguna canción pensé en los dos días anteriores. En el bienestar del domingo. En el malestar del lunes. Estaba buscando el equilibrio y creía que podía encontrarlo entre el calor de un abrazo y el dolor de un balazo. Pensaba que podía vivir en la hendidura: justo en el centro. Siempre estaba imaginándome como alguien que no era. Necesitaba mi cuota de dolor y de amor, siempre en las justas proporciones. Como en una receta, cuando alguna de las cantidades no era equilibrada, yo comenzaba a emprender la fuga.

Rosa salió del baño y me dirigió una mirada. Parecía enamorada. Yo lo estaba, de alguna manera, a mi manera. Habría querido ser como Frank Sinatra y cantar *A mi manera* y creer que el mundo podría ajustarse como un guante a los deseos y sueños. Me levanté y me metí en el baño. El agua estaba hirviendo. Comencé a silbar *My Way*. Me sentí parte del mundo. Me sentí plebérico. Me sentí amado y redimido y fuera del dolor. Me jaboné como queriendo quitar de mí el sentimiento de soledad que me había embargado desde el domingo. Me quemé con el agua y quise gritar: Rosa te amo. No lo hice. En cambio salí, me sequé la piel frente al espejo, le di las gracias a mi madre que estaría mirándome desde algún lugar y salí dispuesto a prometer que pasaría el resto de mis días con Rosa.

No pude hacerlo. Rosa no estaba y en cambio había una nota, idéntica a la del día anterior, pero esta vez con las palabras: “No vuelvas más, era mi manera de decir adiós”.



Juan David Correa (Bogotá, 1976). Literato de la Universidad de los Andes. Ha sido periodista cultural en medios como *El Espectador* y *Cromos*. Desde 2004 publica una columna semanal sobre literatura en *El Espectador*. Desde 2005 es editor de *Arcadia*, el suplemento cultural de la revista *Semana*. Ha escrito en revistas como *Semana* y *Soho*. Ha publicado tres libros: *Las bibliotecas cuentan* (crónicas sobre bibliotecarios colombianos) *Fundalectura*, *MinCultura* 2004; *Pedro Almodóvar*, alguien del montón (ensayo biográfico) *Panamericana* 2005; *Todo pasa pronto* (novela) *Alfaguara* 2006.



María Dolores tiene ochenta y seis años y vive con su hija mayor y un nieto en una casa al norte de Cali. Se conserva muy bien para su edad y dedica los jueves a encontrarse con las amigas que le quedan. Tiene una finca cerca a Cali, pero dice que va muy poco porque le da miedo. A pesar de sus vivencias en la guerra civil española, cuando era sólo una niña, no se acostumbra a la violencia que se vive en Colombia y aún siente miedo por lo que pueda pasarle en las calles.

Nació en el país Vasco, en el año de 1925, hija de padres socialistas. Cuando cumplió los seis años se creó la segunda República Española, que tenía como objetivo transferir el poder de los terratenientes a las clases medias apoyadas por el campesinado; otro objetivo era mantener a la políticamente poderosa Iglesia dentro de unos límites. También luchaban por democratizar la estructura del ejército, laicizar el sistema educativo y efectuar una modesta redistribución de las tierras.

El padre de María Dolores, como buen socialista, apoyaba a los republicanos, pero gran parte de los católicos y de los que pertenecían a la clase media se opusieron a estas medidas. En septiembre de 1933 el Gobierno dimitió y en las siguientes elecciones los partidos de la izquierda sufrieron una aplastante derrota. “Yo era muy chica, pero aún recuerdo la cara de desconsuelo de mi padre con esa noticia”. La nueva República derechista permitió que quedara sin efecto todo lo que habían logrado sus predecesores. Durante los dos años siguientes se extendió la violencia.



El anterior texto es un extracto de una crónica escrita por María del Mar Mozo titulada “Guerra civil, guerra incivil”, y hace parte de una clase de creación literaria que, desde hace ya varios años, el profesor Harold Kremer viene realizando con los estudiantes de la Universidad Icesi de Cali. Este ejercicio se ha transformado en un laboratorio en donde se encuentran, se mezclan y se funden las técnicas de escritura de ficción con historias de la realidad, en las manos de jóvenes que han encontrado en la escritura un camino para conocer y pensar la sociedad en la que viven. Este ejercicio ha permitido la publicación de *El cinturón de fuego y otras crónicas caleñas*, el segundo volumen de crónicas que aparece en la colección de narrativa de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Icesi, cuyo primer volumen, de éxito notable a nivel nacional, apareció bajo el título *Una botella de ron pa' l Flaco*.

La felicidad repulsiva de la familia M

Guillermo Martínez

(Tres condiciones se requieren para ser feliz: ser imbécil, ser egoísta, y gozar de buena salud.)

Leo a Flaubert. *Tres condiciones se requieren para ser feliz: ser imbécil, ser egoísta, y gozar de buena salud.* De acuerdo, de acuerdo, pero aun así, y como cada vez que alguien afirma, como un axioma, “la dicha perfecta no existe”, no puedo evitar recordar la felicidad serena, extendida, imperturbable, verdaderamente repulsiva, de la familia M.

La precaución por omitir el apellido, lo sé, es absurda, un pequeño pudor inútil, el uso de la anamorfosis, como me aconsejaba mi padre para atenuar mi vocación suicida por la verdad, desde que la publicación de uno de mis cuentos acabó para siempre con las simpáticas reuniones de fin de año en mi familia. En la ciudad donde nací ya todos saben de quiénes hablo y fuera de esta ciudad nadie los conocería, porque a su reinado tenue y distraído le convenían

la discreción y las dimensiones locales. Les bastaban en realidad los límites todavía más sobrios del club de tenis exclusivo donde se jugaban los torneos de primera categoría. Porque la familia M era a primera vista, sí, una familia de tenistas. Yo había oído hablar por primera vez de ellos a los diez años, en el modesto club de barrio de dos canchas donde di contra un frontón mis primeros raquetazos. Los vi por primera vez dos años después, cuando mi juego había progresado lo suficiente como para que mis padres, en deliberaciones prolongadas y secretas, decidieran el gasto de asociarme al club de ellos. Con mi única raqueta y mis zapatillas demasiado raídas traspuse la arcada imponente de la entrada y di un rodeo a la mansión inglesa de la sede social que ocultaba las canchas. En el silencio de la tarde empecé a escuchar, cada vez más vibrante y

potente, el cruce de pelotazos, y cuando me asomé al final del camino de lajas, detrás del alambrado, nítidos, magníficos, reales, allí estaban. Entendí al verlos, mejor que con cualquier otro ejemplo, lo que me había explicado mi padre sobre los arquetipos platónicos. El viejo M jugaba con Freddy, el hijo mayor, en esa cancha algo separada de las demás que —supe después— estaba reservada de lunes a viernes para ellos. Eran, minuciosamente, perfectos. El golpe de derecha del viejo M resonaba como el mandoble en la batalla de un rey menguante, embravecido y resuelto. Su revés era sibilante y astuto, siempre con *slice*, como si fingiera una debilidad para atraer allí los golpes. Y cuanto más violentamente lo atacaba su hijo sobre ese costado, más rasante e insidiosamente baja volvía la pelota. Eran altos, atléticos, iguales. De la misma

especie. El viejo tenía un mechón blanco en un pelo de color curioso, entre rubio y pelirrojo, con un tono caramelo. Parecían vagamente extranjeros y al contar en voz alta los tantos el viejo pronunciaba las palabras en un castellano demasiado educado, con la inflexión de un acento. Vistos uno junto al otro, en el cambio de lados, el hijo era quizá un poco más alto. Tenía un saque poderoso y un juego explosivo de ataque. Todo en él era de un ímpetu arrollador, vertiginoso, temerario, una carrera permanente, a veces desbocada, por alcanzar la red. Su volea era temible y tenía una agilidad de gato, una cualidad espectacular de acróbata, para cortar los passing-shots hirientes de su padre. Cada vez que volvía a su lugar para sacar se echaba hacia atrás en un gesto brusco un mechón que le caía sobre la frente y resoplaba con el pie junto a la línea como un corredor a duras penas contenido. Apenas los vi supe, con esa desazón de lo verdadero y lo irreparable, que nunca llegaría a jugar como ellos.

Era un set de entrenamiento y cuando terminaron Freddy se fue hacia los vestuarios y el viejo M llamó a la cancha a su hijo menor, Alex. Lo vi pasar junto a mí, con un flequillo del mismo tono caramelo que su padre y con un bolso alargado, por el que asomaban los cabos de cuatro raquetas. Era quizá apenas un año mayor que yo, pero ya se veía despuntar en él, con la irrumpción

de la adolescencia, el cuerpo largo y espigado de su hermano. Y si el viejo M era la Sabiduría y probablemente la Astucia, y si su hijo mayor era la Fuerza, Alex ya era en ciernes la Elegancia. Nunca había visto hasta entonces alguien que se perfilara de manera tan impecable, ni que se desplazara por la cancha con esa serena anticipación para golpear, como si estuviera posando para un manual.

No era yo el único que los miraba. Desde uno de los bancos frente a la cancha una mujer de aspecto reposado tejía un pulóver blanco y alzaba cada tanto los ojos con una mirada entre risueña y maternal para seguir las alternativas de un peloteo. En una de las canchas de atrás cuatro chicas que no llegaban a los doce años, todas muy parecidas entre sí, reían y ensayaban un partido de dobles. Cuando el viejo M salió de la cancha la mujer del banco se incorporó y el viejo la rodeó con un brazo mientras ella le mostraba el avance del pulóver. Dieron un grito alegre de aviso hacia el sector de atrás, y las hijas guardaron las raquetas en sus fundas y se unieron obedientemente al grupo familiar. El viejo M subió con Alex a una camioneta y las chicas siguieron a la madre en un segundo auto grande y reluciente, de una marca importada que yo nunca había visto. Freddy, que había salido del vestuario

con el pelo mojado y peinado hacia atrás, se adelantó y dejó atrás a la pequeña comitiva en una moto como una cabalgadura, alta y rugiente.

Supe esa misma noche, durante la cena, algo más de ellos. Cuando le conté a mi padre que los había visto jugar y le pregunté si los conocía, asintió de inmediato.

—Claro que los conozco: compraron hace unos años uno de los campos vecinos al nuestro.

Lo miré con incredulidad. En nuestro campo, muy apartado de la ciudad, nunca llovía, vivíamos de crédito en crédito, y mi padre, fuera de la máquina de escribir, se consideraba a sí mismo un campesino arruinado que salía a la terraza a otear sin esperanzas el cielo, leía a Hegel y a Marx y redactaba, también sin esperanzas, el programa de reforma agraria de un partido comunista. Pero cómo era posible entonces, pregunté, que los M tuvieran esa cantidad de raquetas, esas motos y autos.

—Y una casa inmensa en el barrio Palihue —agregó mi madre.

—¿No estudiaste acaso en la escuela la división de las pampas? —me preguntó mi padre—. La línea divisoria de la Pampa húmeda pasa justo por el alambre de púas entre nuestros campos.

Como siempre, me costaba saber si mi padre hablaba en serio, pero me dio permiso para levantarme de la mesa y traer el Manual del Alumno Bonaerense.

—Aquí está—dijo mi padre, casi orgulloso de su mala suerte—; el campo de ellos: Montes de Oca, el último de la Pampa

húmeda; el campo nuestro: Algarrobo, el primero de la Pampa seca.

—Seca, estreñida—dijo mi abuela en un raptó analógico, mientras se rascaba filosóficamente su codo con psoriasis.

—Así es, doña: setenta hectáreas y ninguna flor. Y usted que pensó que tendría un yerno potentado.

Mi abuela rió con un cloqueo y se agitaron los pliegues del cuello y sus mejillas blandas.

—Tu padre, siempre el mismo. Yo lo único que quería es que fueran felices.

—¡Felices! ¡Nada menos!—exclamó mi padre y mi abuela volvió a reír, con sus ojos como grandes charcos azules, como si le hubieran hecho cosquillas en la papada.

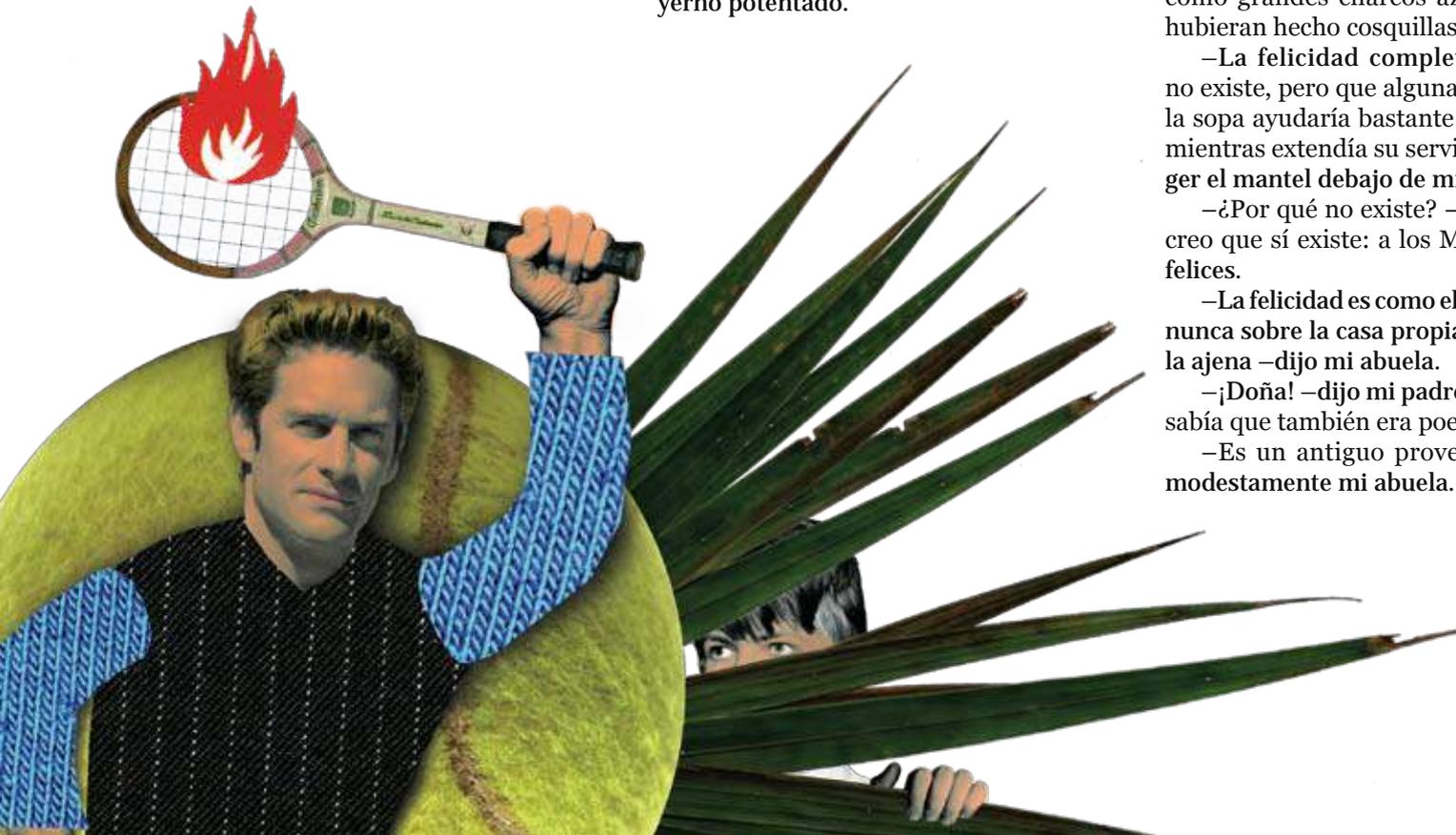
—La felicidad completa posiblemente no existe, pero que alguna vez no vuelquen la sopa ayudaría bastante—dijo mi madre, mientras extendía su servilleta para proteger el mantel debajo de mi plato.

—¿Por qué no existe?—protesté yo—. Yo creo que sí existe: a los M se los veía muy felices.

—La felicidad es como el arco iris, no se ve nunca sobre la casa propia, sino sólo sobre la ajena—dijo mi abuela.

—¡Doña!—dijo mi padre, admirado—: no sabía que también era poeta.

—Es un antiguo proverbio idish—dijo modestamente mi abuela.



—La felicidad perfecta no existe —dijo mi madre—; y los M también tendrán sus cosas, como todas las familias.

—Yo creo que sí puede existir una familia completamente feliz. No la nuestra —dijo mi hermana con resignación—, pero otra, en algún lado.

—Sí, como los habitantes de otros planetas —dijo mi padre—: tan lejos que nunca los conoceremos.

Mi hermano mayor empezó a temblar y vimos vibrar la punta de su tenedor, detenido en alto, como si estuviera por estallar en una crisis de llanto. Era la primera vez, desde su regreso de la clínica, que intentaba comer con nosotros. Mi padre le hizo una seña a mi madre para que le diera su pastilla y lo vimos retirarse de la mesa hacia su cuarto, arrastrando las pantuflas, como un fantasma derrotado. Yo insistí, para quebrar el silencio.

—¿Pero de verdad papá pensás que no puede haber alguien totalmente feliz?

Mi padre pareció dudar, trató de recobrar su tono irónico de siempre y me apuntó con un dedo.

—*Si quieres ser feliz como tú dices... no analices, muchacho, no analices.*

Desde ese mismo día me propuse vigilar, como si fuera una nueva especie, frágil y extraña, descubierta sólo por mí, la felicidad

de la familia M. Los estudié primero en su territorio: pegado al alambrado los seguí en los entrenamientos y luego en los partidos del torneo Mayor, que empezaba a disputarse. Los espiaba tan de cerca como me era posible. Los vi desnudos en el vestuario bajo la ducha, enjabonándose con despreocupación y cruzando bromas con otros de los mejores tenistas de la ciudad, como si no tuvieran nada que ocultar. Trataba de escuchar cada conversación y de sorprender en un descuido un gesto de mal modo, de enojo reprimido, el menor signo de una desaveniencia, algún rencor o celos entre los hermanos. Supongo que mi presencia les empezó a resultar familiar: me saludaban brevemente y el viejo M cada tanto me sonreía, divertido con mi persistencia, quizá porque creía que yo sólo trataba de copiar algún golpe. Cuando Freddy y el viejo M llegaron, como todos anticipaban, a la final del torneo, me senté desde muy temprano en las primeras gradas. Esperaba que un pique cerca de la línea, o un saque demasiado rápido, fuera de la vista del umpire, pudiera encender un brote de discordia, un reproche, una pequeña mezquindad. Pero en cada pelota dudosa, como si se tratara sólo de otro entrenamiento, los dos se apresuraban a pedir que se repitiera el tanto. Lucharon ferozmente punto por punto, pero sin tirar la raqueta ni gritar una sola vez. El viejo se quedó finalmente con la copa

y se abrazaron junto a la red, a la espera de que los fotografieran, como si fuera parte de un ritual sonriente que repetían, ya sin tanta sorpresa ni efusión, desde hacía años.

Empecé a prestar atención, en una segunda ampliación del círculo, a cualquier noticia que me llegara de ellos sobre sus vidas fuera de las canchas. No me defraudaron. Supe que los dos varones iban al colegio Don Bosco y las cuatro chicas a La Inmaculada. Freddy y Alex eran excelentes alumnos, aunque no tanto como para que les impidiera estar a la vez entre los más “populares”: con su barra ruidosa de amigos atronaban la Avenida Alem el sábado por la noche en los autos de sus padres. Juntos, además, los hermanos eran imbatibles en el equipo de tenis de los Intercolegiales y tuvieron, en una sucesión fulgurante, sus primeras novias lindísimas de otras familias también intachables. Cada tanto, a la noche, veía al padre por el Paseo de las Estatuas; caminaba del brazo con su mujer, con la pacífica laxitud de dos antiguos enamorados y a veces, cuando me cruzaba con ellos, la madre inclinaba hacia mí la cabeza con una sonrisa plácida, educada, insospechable, como si quisiera decirme “Sí, somos felices, absolutamente felices, podés mirar tan de cerca como quieras: no hay fallas”.

Cuando llegaba el verano, el reinado sigiloso de la familia M se trasladaba al

balneario de Monte Hermoso, con buena parte de la ciudad. Supe que tenían una gran casa frente al mar y, aunque no había allí campeonato de tenis, el padre y los dos hijos eran el equipo invariablemente campeón en los torneos de voley de playa. Regresaban a fines de febrero, bronceados, alegres, todavía más felices, si eso fuera posible, impacientes por volver a las canchas y empezar la nueva temporada.

Pasaron tres o cuatro años. Mi hermano mayor intentó suicidarse por segunda vez. Mi hermana cumplió dieciseis y quedó embarazada. En reuniones tensas y crispadas con la otra parte llegó a circular, como un escalofrío, la palabra que empieza con A. Pero las aguas bajaron y empezaron a discutirse finalmente las condiciones de un casamiento pactado.

—El casamiento no es nada, la ollita es la condenada —dijo mi abuela por lo bajo.

Mi hermana rompió a llorar y se retiró de la mesa.

—Al fin y al cabo no es la primera ni será la última —dijo mi madre, casi desafiante—. Y en todas las familias se cuecen habas...

—En todas las familias no —observé yo—. No creo que las chicas M...

—Y dale con la familia M —bufó mi madre irritada—. ¿No sabés acaso que las aparien-

cias engañan? Ya quisiera ver cómo son los M puertas adentro.

—Eso no es tan difícil —dijo mi padre—. Después de todo tenemos a nuestro correo secreto del Zar, la fórmula *ubiqua*: Miguela puede contarnos todo.

Miguela era la posesión más preciada de mi madre: de rasgos araucanos, silenciosa, infatigable, limpiaba en nuestra casa tres veces por semana. Mi madre, que la había descubierto primero, recién llegada de su provincia, sufría en silencio por no poder contratarla también los demás días y vivía en la perpetua zozobra de que otra familia pudiera arrebatársela. Yo, que creía saberlo todo sobre los M, ni siquiera me había enterado de que también ellos, desde hacía un tiempo, se la disputaban. Todo un mundo se abría de pronto, una conexión insospechada a lo más íntimo de la familia M: la suciedad de los recovecos, el tesoro de indicios del tacho de la basura, los signos reveladores del cambio de sábanas. Miguela lo había visto y oído todo y traía quizá ahora mismo, en la suela de las alpargatas, algo de tierra del jardín con pileta de natación de los M.

Era uno de los días en que se quedaba hasta tarde: todavía estaba en su cuartito cambiándose la ropa. Mi madre la llamó y Miguela compareció con la cartera ya bajo

el brazo y su pañuelo de colores anudado al cuello.

—Tenemos aquí una discusión —dijo mi padre— en la que sólo usted puede ayudarnos.

—Sí señor, con mucho gusto en lo que pueda.

Miguela tenía una admiración reverencial por mi padre y no se animaba a embestir con su plumero en el fabuloso desorden de carpetas y libros de su biblioteca.

—Sabemos que empezó a trabajar desde hace un tiempo en casa de la familia M. Sin pedirle ninguna infidencia: ¿diría usted que es una familia feliz?

Miguela lo miró, algo sorprendida.

—Sí señor, muy felices se los ve.

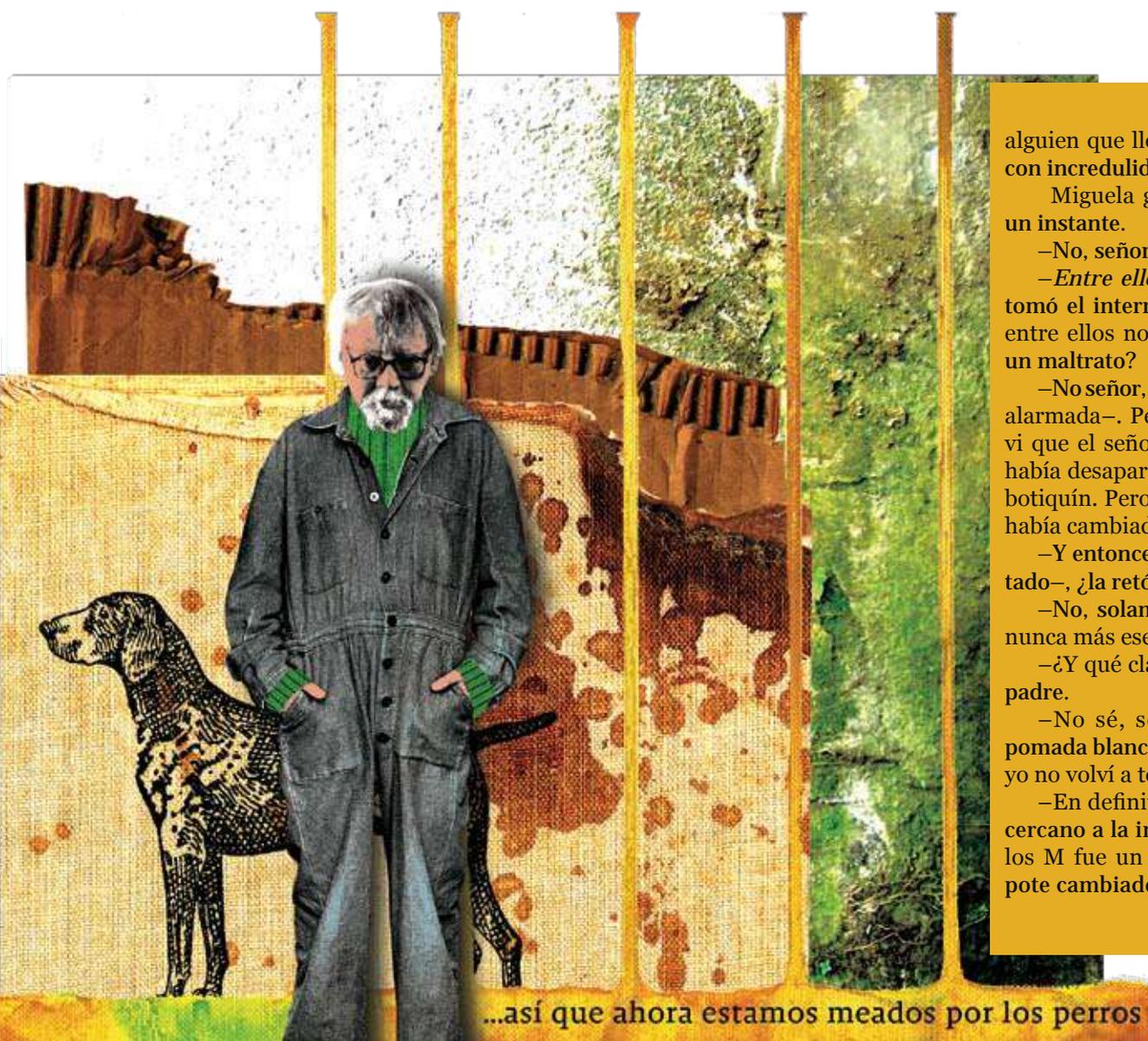
—Ahora queremos que se detenga a pensarlo un poco más: se los ve felices sí, ¿pero diría usted que son *verdaderamente* felices?

—*Felices sin una nube, felices sin un dolor* —entonó distraída mi abuela.

Miguela trató de ponerse a la altura del modo grave que había adoptado mi padre y del silencio que se había hecho a la espera de su respuesta.

—Hasta donde yo puedo ver, sí señor: felices de verdad.

—Pero me va a decir Miguela, que nunca los oyó discutir, que nunca vio una pelea, o



alguien que llorara... –intervino mi madre con incredulidad.

Miguela giró la cabeza hacia ella por un instante.

–No, señora, nunca. Entre ellos jamás.

–*Entre ellos...* ¿qué quiere decir? –retomó el interrogatorio mi padre–. ¿Acaso entre ellos no, pero con usted sí tuvieron un maltrato?

–No señor, maltrato nunca –dijo Miguela alarmada–. Pero uno de los primeros días vi que el señor podía enojarse. Creyó que había desaparecido un pote de pomada del botiquín. Pero era sólo que al limpiar yo lo había cambiado de lugar.

–Y entonces –dijo mi padre, desconcertado–, ¿la retó por esto?

–No, solamente me dijo que no tocara nunca más ese pote. Pero parecía enojado.

–¿Y qué clase de pomada era? –dijo mi padre.

–No sé, señor –dijo Miguela–: una pomada blanca. Me dijeron que no tocara y yo no volví a tocar nunca más.

–En definitiva –dijo mi padre–, lo más cercano a la infelicidad que vio en casa de los M fue un rapto de malhumor por un pote cambiado de lugar.

...así que ahora estamos meados por los perros

Miguela asintió con la cabeza, algo avergonzada, como si sintiera que había decepcionado a mis padres.

—Habrás que darle entonces la razón a mi hijo —dijo mi padre—. Quizá nos fue dado conocer en esta vida a la más rara avis: una familia feliz.

—Disimulan —dijo mi madre sin dar el brazo a torcer—; delante de los demás disimulan. Pero ya quisiera verlos a solas... *algo* deben tener.

Ese año Freddy le ganó por primera vez al viejo M en la final del torneo Mayor, en un tercer set memorable que se extendió a un 13-11. Todos nos preguntábamos si había empezado la declinación, si el rey habría muerto, pero al año siguiente el Viejo volvió por sus fueros y le dio una paliza en dos sets. A su vez, Alex se convirtió en la nueva revelación y llegó por primera vez a los torneos de primera categoría. Mi juego, en cambio, se había estancado, pero no había dejado de ir al club y de prestar atención a las noticias que cada tanto escuchaba de los M, como un reflejo que con el paso del tiempo se hubiera hecho automático. Las chicas M fueron cumpliendo a su tiempo los quince años, con fiestas que aparecían anunciadas en la sección sociales del diario. Mi abuela se quebró la cadera en una caída y mi madre la trasladó definitivamente a nuestra casa,

donde se precipitó a una agonía aterrada. Su cama estaba en un cuartito vecino al nuestro y mi hermano y yo oímos por largas noches el jadeo y los estertores de su respiración, la vida que poco a poco la dejaba. Una noche me desperté y vi que mi hermano no estaba durmiendo a mi lado. Lo encontré en la puerta del cuartito, con los ojos fijos en la boca abierta de mi abuela, por donde salía aquel gorgoteo entrecortado. Fui a buscarle su pastilla y lo llevé otra vez como un sonámbulo de regreso a su cama. Cuando mi abuela por fin murió me tocó en el entierro sujetar una de las manijas del ataúd. Después de que la dejamos al borde del foso y mientras los demás se repartían en los autos quise quedarme solo en el cementerio. Recorrí las lápidas y las calles abrumadas de cruces sin encontrar ninguna que tuviera el apellido M. A mi regreso le pregunté a mi padre si no le parecía esto intrigante.

—Es que los M no tienen familia aquí —dijo—, habrán llegado a la ciudad hace no más de diez años... ¿Pero miraste acaso las tumbas una por una? —me preguntó algo alarmado, como si el que empezara a preocuparle fuera yo.

Cuando terminé el secundario me fui a estudiar a Buenos Aires. No me extrañó que tanto Freddy, como después Alex, hubieran preferido quedarse en la ciudad y estudiar

en la universidad local (ambos eligieron Agronomía). No era sólo que en la vasta dispersión de Buenos Aires perderían el halo de príncipes. O que ya no ganarían torneos. Era ante todo, intuía yo, que esa familia no podía separarse, que ellos eran, en el fondo, todos uno, un clan misteriosamente unido y sellado, por algo que una y otra vez se me escapaba.

En mi nueva vida los olvidé al principio casi todo el tiempo. Sólo de tanto en tanto un comentario al pasar en alguna carta de mi familia los volvía a traer, como un eco lejano de algo que me había importado alguna vez y que ahora se empequeñecía con el tiempo y la distancia. Mi hermana, por ejemplo, no se olvidaba de consignar cuál de ellos ganaba el Torneo Mayor cada año: la alternancia entre la Sabiduría, la Fuerza y la Elegancia se mantenía imperturbable, como si nuestra ciudad no pudiera dar un tenista que pudiera derrotarlos. En el último año de mi carrera me enteré de que el Viejo había ganado otra vez la final. *¿Pero cuántos años tiene ya?*, le escribí a mi hermana, *¿no debería estar hecho una ruina?*

Lo vi hace poco por la calle, me contestó ella, y está exactamente igual: sólo con el pelo un poco más blanco. El que está cada vez peor es papá. Apenas puede respirar por el enfisema. Ahora tiene que dormir sentado. Y del resto, mejor ni hablar.

En las pocas veces que volví a la ciudad durante esos años no me decidí a ir hasta el club y ver. Creo que temía tanto que verdaderamente estuvieran iguales, como que hubieran cambiado, que algo en la superficie brillante y pulida sutilmente se hubiera agrietado y ahora pudiera descubrirlo.

Al terminar la licenciatura me fui a Inglaterra con una beca para estudiar Literaturas Comparadas. Al cabo del segundo año pedí una renovación por tres años más para terminar un doctorado. En mi quinto año allá recibí una carta de mi hermana, con los lamentos habituales. Mi padre había puesto en venta el campo y habían decidido internar otra vez a mi hermano. Se habían mudado nuevos dueños a la planta alta. Tenían perros, pero no los sacaban a pasear. Orinaban directamente en la terraza y por una filtración de las juntas el pis se escurría desde las vigas del techo a las paredes de nuestra casa. *Así que ahora estamos meados por los perros estricto sensus, como dice papá.* En la posdata decía: *Adiviná qué. El Viejo M volvió a ganar el Torneo Mayor este año. ¿No es increíble? Me lo crucé el otro día. Tiene ahora el pelo totalmente blanco, pero fuera de eso está idéntico.*

Le escribí entonces, y era la primera vez que se lo confiaba a alguien, lo que verda-

deramente pensaba de la familia M. En su carta siguiente me dijo que la había hecho reír y me preguntó si era el argumento de un nuevo cuento. *El tiempo pasa para todos, y también pasará para ellos. Es la única ley pareja de la vida. Freddy debe estar por cumplir treinta. Ya hizo también su master, tiene un buen trabajo y una novia que es la que más le duró de todas: ahora le toca casarse y echar pancita. Pero en todo caso, será fácil saber: sólo hay que dejar que pasen los años. Yo voy a estar acá vigilando: ya te contaré.*

En mi respuesta no me animé a insistir: todavía recordaba la cara alarmada de mi padre cuando le había hablado de las tumbas. Tampoco me animé a decirle que había dejado de escribir, y que me estaba convirtiendo insensiblemente, de monografía en congreso, en aquello de lo que me había reído tantas veces: un ratón de biblioteca, un *scholar*, un profesor de literatura.

Unos seis meses después, en otra de sus cartas, mi hermana me dio la gran noticia: los M dejaban la ciudad. El Viejo ya había vendido el campo, en una fortuna. *Se lo ofreció primero a papá, ni siquiera estaba enterado de que nos deshicimos de todo. Nadie sabe demasiado, sólo que se va la familia entera. Así que Freddy, su-*

pongo, dejará a su novia. Creo que planean viajar por el mundo un tiempo. O quizá no quieren decir adónde irán. Todo es muy misterioso. Capaz que vos tenías razón y alguien más empezaba a darse cuenta. Sea como sea, nos jodieron: ahora ya no sabremos nunca.

Pasaron algunos años más. ¿Cuántos? Los suficientes como para que las cartas de mi hermana, con su letra redonda y consoladora, se convirtieran en mensajes de e-mail, cada vez más cortos, como si le avergonzara tener sólo malas noticias. Habían iniciado un juicio contra la gente de arriba, que se arrastraba en los tribunales sin avanzar un paso. En represalia, la mujer de la planta alta dejaba durante horas abierta la canilla de la terraza, con una manguera sobre la grieta, y el agua ya caía ahora en cascadas dentro de nuestra casa. Mi hermana sospechaba que la mujer también orinaba junto con sus perros en la rejilla. *Y algo más que no puedo contarte porque no me creerías.* En otro e-mail le pregunté por los daños en la casa. *Hay hongos en todas las paredes y estamos aterrados de que el techo se nos caiga encima. Papá y mamá tuvieron que mudarse al que era tu cuarto, el único al que no llega el agua. La humedad literalmente está matando a papá. Cada vez está peor*

de su enfisema. En fin, la ruina de la casa Usher.

A fin de ese año viajé a Canadá, para presentarme a un cargo de profesor, en una universidad pequeña que prometía *tenure* a corto plazo. En el aeropuerto de Quebec, mientras esperaba para hacer la conexión, escuché mi nombre por los altoparlantes. Pensé que había un problema con la reserva, pero cuando me acerqué al mostrador el empleado me extendió un teléfono. Del otro lado del mundo escuché la voz de mi hermana, en un tono desconocido, estrangulado por el llanto: había muerto mi padre. Puedo suspender esto, le dije, y tomar el primer avión que encuentre. *Igual, no llegarías para el entierro*, dijo mi hermana. Seguí mi viaje y cuatro horas después, delante de tres profesores de caras impasibles, me escuché hablar sobre Borges y la literatura inglesa con una seguridad sin fallas y recité largas citas de memoria, como si fuera un prodigio mecánico que todavía pudiera funcionar con las piezas rotas. Y dos horas más tarde estaba cenando con ellos en un restaurante mexicano —elegido, supuse, como un gesto entre condescendiente y cordial por la resonancia latina de mi apellido— para la parte más importante de la prueba: la conversación en la mesa, los modales durante la comida, el test de la carta de vinos. Cuando llegó el café, como si se hubieran puesto de acuerdo

con una seña, los tres me estrecharon la mano para felicitar me y decirme que estaban encantados de que fuera a pudrirme junto con ellos en esa ciudad perdida, sepultada por la nieve, y de compartir conmigo la alta tarea de enseñarles literatura a las legiones de bestias de caras atontadas por la cerveza y deditos siempre ocupados en el celular, que nuestra institución no dejaría de servirme puntualmente semestre a semestre, por el resto de mi vida. Les agradecí como pude y cuando me preguntaron si había algo que yo pudiera extrañar, no se me cruzó, curiosamente, el Londres que estaba por abandonar, sino un recuerdo mucho más lejano, y les dije que me gustaría volver a jugar al tenis. Se miraron entre sí, sonrientes, y me contestaron que la temporada de deportes al aire libre era muy corta, salvo el de sacar con pala la nieve de los porches, y que quizá yo debiera pensar en cambiarme al squash.

Pasaron todavía más años. ¿Cuántos? Los suficientes como para que mi propio pelo se volviera totalmente blanco y para que un día me encontrara frente al espejo del baño con un diente caído y a medias pulverizado en la mano, mirando el agujero negro de la encía, como un pozo abrupto y vertiginoso. Apenas me llegaban ahora noticias de mi familia. Desde la muerte de mi padre, mi madre había decidido no salir de

la cama. En mensajes lacónicos mi hermana me daba los partes del deterioro progresivo, de su descenso a los pañales, a las escaras, a la demencia senil, del tragicómico desfile de enfermeras, del goteo silencioso del último dinero familiar. Me había pedido que no volviera a verlas. *No nos reconocerías, y tampoco a la casa. ¿Para qué vas a volver?*

Cuando llegó el invierno viajé a un congreso en Jacksonville, en la parte más cálida de Florida, donde me había inscripto sólo para escapar de las primeras nevadas. Tuve durante mi exposición un vahído súbito, como si de pronto me hubiera quedado sin respiración y la próxima bocanada se me negara una y otra vez. Logré aferrarme al pizarrón, pero no pude evitar caer desplomado. Me desperté en un hospital cercano al campus, donde estuve en observación varias horas. Me hicieron pasar finalmente a una salita donde un médico extendió frente a una lámpara mi radiografía de tórax, me mostró la perforación del pulmón, como una quemadura, y me dio su dictamen, que ya presentía: la herencia más temida de mi padre.

Salí con el gran sobre de la radiografía bajo el brazo y tuve que mentirles un poco a los dos colegas que me esperaban afuera para que me dejaran caminar solo de regreso al hotel. Era una tarde quieta y pacífica, sin una brisa, con un sol amable entre los árbo-

les. En el boulevard por donde avanzaba, yo era la única persona a pie y sólo me cruzaba cada tanto con estudiantes en bicicleta. Al doblar por una de las calles que indicaba el mapita del congreso escuché de pronto, vibrante, inconfundible, el sonido de un partido de tenis lejano. Dejé que el ruido de pelotazos me guiara y entré a un club casi escondido entre ligustros. Cuando me asomé al final del camino de lajas, detrás del alambrado, nítidos, magníficos, reales, allí estaban. ¿Eran ellos? Mi vista ya no era tan buena como antes, pero sabía que sí. El Viejo M jugaba con Freddy y su golpe de derecha resonaba como el mandoble en la batalla de un rey. Su pelo, enteramente de color caramelo, no necesitaba todavía del lento disimulo de la pomada blanca. En un banco junto a la cancha una mujer tejía a la sombra y cada tanto alzaba la mirada para seguir las alternativas de un peloteo. ¿Era ella? Me acerqué un poco más, y al escuchar el ruido de mis pasos se dio vuelta hacia mí, con una mirada amable y algo intrigada. No había en esa mirada ni la menor señal de reconocimiento. Pero ¿cómo hubiera podido reconocerme? Di un paso más y algo en su expresión se retrajo, como una señal de alarma, quizá por la fijeza con que yo la miraba. Me detuve, para tranquilizarla.

—Sólo quiero saber —dije— si son verdaderamente felices.



Se lo había dicho, sin pensar, en castellano, y ella hizo un gesto de incompreensión.

–*Perdone: no hablo español* –dijo con gran esfuerzo, como si tratara de recordar palabra por palabra una lección olvidada.

Por supuesto, pensé. Por supuesto. Debían perder el idioma en cada migración. Debían olvidarlo todo de cada vida anterior.

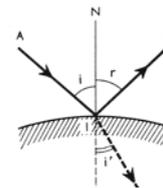
–Sólo quiero saber –repetí en inglés– si son felices. *Felices*.

La mujer abrió los ojos, como si hubiera por fin comprendido y estuviera agradecida por mi preocupación. Quizá me confundió con un empleado de la ciudad que se ocupaba de censar extranjeros, o dar la bienvenida a los recién llegados. Me pregunté cuántas otras mudanzas habrían tenido en esos años.

–Claro que sí –me dijo, con una gran sonrisa y un leve acento que no reconocí–: perfectamente felices.

El peloteo en la cancha se había interrumpido y vi que el Viejo se acercaba al alambrado y me miraba por un momento. Me di cuenta, con un estremecimiento, de que era ahora mucho más joven que yo. Ella le dijo una frase rápida por lo bajo para tranquilizarlo, en un idioma de palabras cortas y sonoras que yo nunca había escuchado, quizá el verdadero idioma de la especie.

El Viejo asintió, me miró por última vez y volvió a la línea de saque. Y yo también me di vuelta y sin mirar atrás caminé de regreso por el camino de lajas, hacia este poco que me queda de vida.



Guillermo Martínez

es un caso extraño en la literatura. Este argentino de apariencia tímida une a una singular inteligencia y una ironía chispeante, provenientes del rigor de su doble formación como literato y matemático, una prosa exquisita y desbordante en cada una de sus obras tanto literarias como ensayísticas. Lo avalan sus libros de artículos y ensayos, un magistral libro de cuentos que ha recibido el aplauso unánime de la crítica, y sus cuatro novelas (*Acerca de Roderer*, *la mujer del maestro*, *Crímenes imperceptibles* y *La lenta muerte de Luciana B.*) que en un crescendo temático y cualitativo le han granjeado un lugar sobresaliente en la literatura en lengua castellana. Con estudios de doctorado y postdoctorado en matemáticas, en Buenos Aires y Oxford, ha sido becario de esta última y de los programas de International Writing Program, de la Universidad de Iowa, del Banff Centre for the Arts, y de las fundaciones MacDowell y Civitella Ranieri.

porque están

Cuándo la profesora, con un tono entre curioso y acusatorio preguntó por qué no leíamos más libros, un amigo solo atinó a responder la frase que titula este artículo: “porque están en españolette”. Asumo que los lectores saben que con la palabra “españolette” mi amigo se refería al el español que hablan en España: el español en el que se dicen cosas como, “¡Cómo mola!” o “¡Está muy guay!” para referirse a algo que les gusta. Así pues que, si un libro tiene por autor a algún representante de la tierra del “cachondeo”, es perfectamente comprensible que esté escrito de esa forma y resultaría ridículo quejarse por ello. Pero si el libro proviene de un idioma distinto al español y quien lo traduce es de España, surgen los inconvenientes.

Personalmente no me molestan los modismos españoles, aunque he de admitir que si estoy leyendo un libro de terror y justo en la parte más tensionante uno de los personajes dice “Joder, tío, yo allí no entro ni de coña” muy probablemente mis manos empezarán a temblar, pero no de miedo, sino de risa. Una risa que no se detendrá cuando otro personaje replique “Venga, macho, ¿Acaso a qué leches le temes?”. España y México son los países de habla hispana que más traducen, y no hablo solo de los libros sino también de las películas y de programas de televisión. En el caso de España, la traducción también trata de adoptar la obra a sus códigos culturales para que esta resulte perfectamente identificable para su público. Sin embargo, para un colombiano es difícil identificarse con un personaje que ante alguna contrariedad no grite nuestro tradicional “¡Mierda!”, sino un extraño e impersonal “¡Hostia!”. Más raro aún es ver que esa misma expresión se use con un significado completamente distinto, pues en españolette la expresión que nosotros usamos como “encenderlo a

pata” sería algo por el estilo de “darle de hostias”. Igualmente extraño resulta reemplazar nuestros tradicionales madrazos por un “Me cago en todo / Dios / tu puta madre”. Si se lee detenidamente se encuentran expresiones de estas “a tutiplén”... perdón, quise decir que se encuentra una gran cantidad de estas expresiones.

Teniendo en cuenta lo anterior me parece válida la opinión de mi amigo. La lectura es un placer, pero si para leer un libro alguien tiene que soportar palabras que no entiende, que no existen en el diccionario, y que se ve obligado a repetir y aprender conforme progresa en el texto, es comprensible que se le quiten las ganas de seguir la lectura del libro en cuestión. Tal como puede ser molesto leer en un ambiente poco óptimo, plagado de ruidos estridentes, en una posición dolorosa,



en español~ete

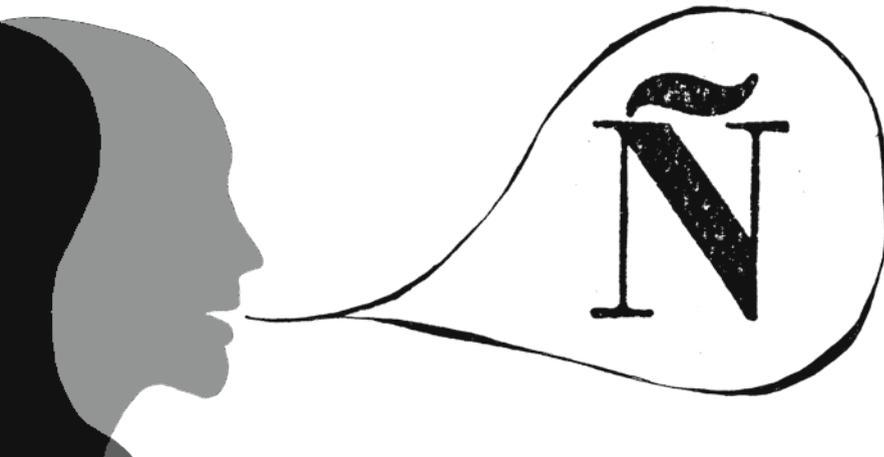
o con una iluminación deplorable; es probable que sea igualmente molesto leer en español~ete o en cualquier otro idioma, ya sea porque no lo dominamos o porque está lleno de modismos con los cuales no estamos familiarizados.

Mientras nosotros no traducimos prácticamente nada, los españoles traducen todo, absolutamente todo, desde cómics hasta videojuegos. Incluso subtitulan algunas películas que están habladas en español latinoamericano, precisamente para que no les pase lo mismo que a nosotros cuando vemos cine o leemos libros en español~ete. Por mi parte, me conformo con los doblajes mexicanos que parecen ser los que se adoptaron para toda Latinoamérica, y aunque no están nada mal en ocasiones se escapan expresiones como “órale”, “chavo”,

“chango” y demás. Pero son elementos que dejamos pasar de largo, tal vez porque ya nos acostumbramos a ellos y porque ya nos resultan cotidianos.

¿Seré iluso si sueño con el momento en que traduzcamos libros adaptándolos al lenguaje común del pueblo colombiano? Un español en el que los personajes digan “Es una chimba, está del putas” y no “Es la hostia tío, está que te cagas”. Y si eso no es posible, por lo menos que se emplee un español más universal, en el que no tengamos que devanarnos el cerebro para descubrir que alguien “borde” es una persona impertinente o antipática; un español en el que no veamos escrita la palabra “gilipollas” cada vez que los personajes se insultan y en el que no se emplee la expresión “chavales” para referirse a los niños. Las perspectivas no son muy favorables, en parte porque la cultura lectora de nuestro país es casi nula. Como lo muestra muy bien el vergonzoso promedio de libros leídos anualmente por persona, y que no supera los tres ejemplares, a los colombianos en general no nos gusta leer. De esta manera, suponiendo que entre nuestro pueblo perezoso existan personas dispuestas y colaboradoras, es improbable que las editoriales decidan embarcarse en un proyecto de dudosa rentabilidad. Supongo que tendremos español~ete para rato. Por mi parte ya sé que la palabra “leñe” se emplea como interjección de sorpresa o de rabia, que algo “está chulísimo” cuando es muy bacano y que, como siempre, se pueden combinar expresiones, ¿A qué mola mogollón?

Daniel Cardozo / Estudiante de Diseño de Medio Interactivos de la Universidad Icesi





Escribanos:

www.papeldecogadura.org
papeldecogadura@icesi.edu.co

o

envíenos su correo postal a:
PAPEL DE COLGADURA

Universidad Icesi

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Cll 18 No.122- 35

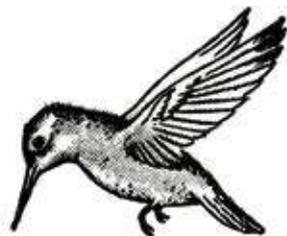
Cali - Colombia



agradecimientos



Por untarse en la colgada y la pegada del papel, agradecemos a todos los escritores, ilustradores, fotógrafos, poetas, soñadores, cineastas y demás que participaron en el primer número. Queremos agradecer de manera especial a Andrés Felipe Castelar, Alejandro Martín Maldonado, Federico Orozco, Rafael Silva Vega y a los miembros de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales por su sentido del humor y apoyo.



directoras

MARGARITA CUELLAR BARONA
INGE HELENA VALENCIA

edición

web

Jaime Cruz  **Daniel Cardozo**



'consiglieri'

JERONIMO BOTERO MARINO

Gabriel Jaime Alzate

JUAN MANUEL SALAMANCA

 *Felipe Van der Huck*

JOAQUIN LLORCA

Jaime Cruz Diana Mundó Daniel Cardozo



idea original

Felipe Van der Huck

MARGARITA CUELLAR BARONA

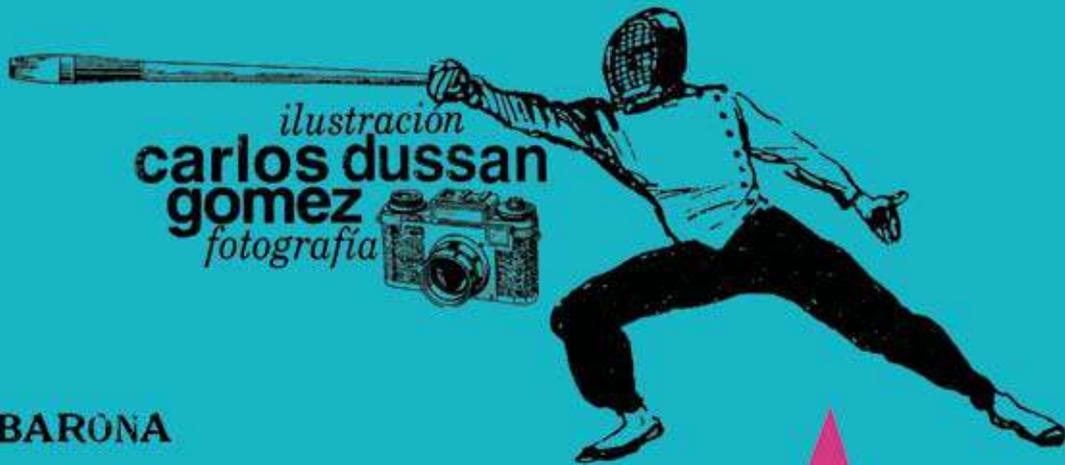


ilustración
**carlos dussan
gomez**
fotografía



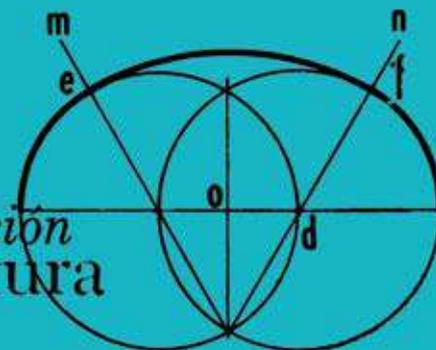
Cali,
Colombia
2009



diseño gráfico



diagramación
juliana jaramillo buenaventura





UNIVERSIDAD
ICESI

